

# ***Estesiología de las masas.*** **Lectura de una *reacción en cadena*. Le Bon-Ramos Mejía-Ingenieros**

**Martín Batalla**

Facultad de Humanidades y Artes  
Universidad Nacional de Rosario

## **Resumen**

El presente trabajo propone ordenar una lectura que buscará tocar al menos parcialmente la obra de tres intelectuales -Gustave Le Bon, José María Ramos Mejía y José Ingenieros-, en algunas de cuyas propuestas observamos una reiteración temática que, retomada y a veces amplificada por cada nuevo interlocutor, persiste todavía en las formulaciones de destino con gran insistencia y protagonismo conceptual: nos referimos puntualmente a una cierta propensión nerviosa, característica poco menos que innata de la constitución "orgánica" de las multitudes, y a los gustos de digestión gruesa peculiares también de los hombres agrupados en masa. En las intervenciones de estos tres intelectuales interesa localizar y seguir las resonancias que, originadas en el impulso propulsor de quien inicia la serie (Le Bon), y aunque amortiguadas varias veces en su intensidad, todavía muestran en el encargado de clausurarla (Ingenieros), la manera como comparten puntos de contacto con sus registros iniciales, haciendo oír tópicos, observaciones y categorías analíticas que remiten lexicalmente a ese complejo universo de sentidos. Así, y de acuerdo a las implicancias de esta dirección exploratoria, a la psicología de las masas y al examen sociológico de las multitudes, importaría entonces sustancialmente sumar una *estesiología* -que pensamos como una "disciplina" de límites (alcances y proyecciones) vagos e imprecisos, situada entre la psiquiatría, la psicología, la sociología nacientes-, emergente de las propuestas suscriptas por los autores que haremos objeto de nuestro examen.

## **Abstract**

In order to organize a study of the works of three intellectuals, Gustave Le Bon, José María Ramos Mejía and José Ingenieros, it would be appropriate not only to make reference to the masses psychology and crowd sociological analysis but also to include an "estesiología" -understood as a discipline with vague and imprecise reaches and scope, placed among the emerging psychiatry, psychology and sociology.

## **Palabras clave**

Estesiología - masas - multitudes - psicología - psiquiatría - sistema nervioso - sistema neurológico - hipnotismo - sugestión - Gustave Le Bon - José María Ramos Mejía - José Ingenieros.

## **Key words**

"Estesiología" - masses - crowd - psychology - psychiatry - central nervous system - hypnotism - suggestion - Gustave Le Bon - José María Ramos Mejía - José Ingenieros.

# *Estesiología de las masas.*

## Lectura de una *reacción en cadena*: Le Bon-Ramos Mejía-Ingenieros

**Martín Batalla**

Facultad de Humanidades y Artes  
Universidad Nacional de Rosario

### Introducción

"Una película producida en el país que cuente por intérprete a cualquier figura cotizada en la radiotelefonía o en el teatro – cotizaciones éstas que poco o nada tienen que ver con el arte, por otra parte–; que incluya unos cuantos tangos, los correspondientes guitarristas y exhume recursos del plebeyo sainete criollo que sus mismos adeptos se avergonzaron de frecuentar en determinado momento por el 'qué dirán', es, hoy día, un negocio. Un negocio redondo. Basta que el 'astro', los guitarristas y el mal gusto se ensamblen en una forma tan elemental como para que un acto tenga alguna relación de continuidad con los otros, para que el éxito sea concluyente.

.... Los productores explotan un presente. El público los enriquece. 'El público no tiene ningún sentido moral, no tiene ningún buen sentido', acaba de declarar en Francia el abate Bethlehem, recordando seguramente a Gustavo Le Bon. 'Porque es masa. Porque es muchedumbre. Mil hombres inteligentes reunidos se conducen como un gran imbécil'."

Revista *Cinegraf*, Año V, N° 50, Buenos Aires, junio de 1936. (1)

Como habrá ocurrido con bastante antelación con el furor teatral y la emergencia de su aparato crítico en las columnas de la prensa periódica, en nuestro país, el advenimiento del cine y la consiguiente aparición de la crítica cinematográfica estuvieron unidos a dos fenómenos complementarios y a la vez ciertamente contradictorios: por un lado, a la advertencia en cierto modo auspiciosa de un público ampliado, resultado del paulatino proceso de establecimiento y sedimentación que los allegados al país por vía de las campañas inmigratorias aluvionales experimentaron, junto a los representantes nativos, con el transcurso de los años, pero también, y por otro lado, a una temprana convalidación que tomó, en los juicios de la época, la forma de una repetida sanción dirigida precisamente contra la naturaleza misma de esos nuevos espectadores

ya establecidos como grupo, portadores de un patrón de inteligencia y gusto alejado de lo deseado por los intelectuales encargados de examinarlos.

Nacido el siglo, el fenómeno de asombroso crecimiento poblacional se volvería un acontecimiento difícil de soslayar al menos en una ciudad como Buenos Aires, ya modernizada o en trances de una rápida modernización, y que pronto comenzaría a ofrendar a esas multitudes los productos de los espectáculos masivos en los términos del eslabón culminante de ese desarrollo acelerado. Junto a esto, y si desde su aparición en los cafetines europeos pareció indudable que el espectáculo cinematográfico, pronto un arte que interpelaría como ningún otro a las multitudes, experimentaría un inmediato arraigo por estas latitudes, la presencia de las masas argentinas más bien alentó todos los buenos pronósticos al respecto y apareció como un reaseguro de las inmediatas convicciones que vislumbraron con suficiente anticipación por estos lares, el suceso que el cine estaba concitando en el viejo continente.

En el marco de la diversificación de la llamada industria cultural, entonces, esta conexión entre la emergencia de propuestas artísticas asociadas al advenimiento de los renovados pasatiempos para masas, y la inmediata confirmación de las mayorías vueltas con rapidez consumidoras de estos nuevos productos, devino enseguida para los representantes de la *intelligentzia* vernácula una evidencia objeto de múltiples exámenes, en su mayoría apoyada, o apoyada todavía persistentemente, en el grueso de las propuestas de aquellos intelectuales que reflexionaron sobre los gustos, los hábitos y, desde una perspectiva signada por la ciencia y el conocimiento positivo, sobre la constitución "orgánica" misma (fisiológica pero también psíquica) de esos receptores inmersos en la multitud, también para esos examinadores una suerte de caja de resonancia de los patrones de gusto y de comportamiento detentados por los integrantes de esos sectores, vistos como parte de un síntoma social de proporciones mayores.

Aunque no nos ocuparemos de ello en esta presentación, sólo adelantamos que serán todavía estas reflexiones –inauguradas generalmente por los representantes de la medicina de corte biológico o por aquellos exponentes sindicados como los iniciadores de la primera sociología argentina– las que teñirán los juicios que, en especial a propósito de los patrones artísticos mencionados, y observados con especial atención en (y con respecto a) los nuevos espectadores masivos, emitirán los intelectuales que –como en el caso de Horacio Quiroga o del reseñador que suscribe el párrafo del acápite a estas palabras liminares– se sientan tentados de ocuparse del cine como fenómeno también él moderno. A lo largo de estas páginas, tendremos en cambio la ocasión de verificar cómo los textos que integran el corpus de este trabajo, en un estado de formulación todavía germinal, vislumbran la relevancia que los espectáculos para mayorías (sus *habitus* y sus protagonistas) cobrarían a lo largo del siglo a nivel mundial.

El presente trabajo propone ordenar una lectura alrededor de un recorrido que buscará tocar al menos parcialmente la obra de tres intelectuales –Gustave Le Bon, José María Ramos Mejía y José Ingenieros–, en algunas de cuyas propuestas observamos una reiteración temática que, retomada y a veces amplificadas por cada nuevo interlocutor, persiste todavía en las formulaciones de destino con una insistencia y un protagonismo conceptual capaz de exportarse después, en ajustados análisis disciplinares, a otros ámbitos y hacia otros objetos del campo intelectual y cultural del momento. Nos referimos puntualmente a una cierta propensión nerviosa, característica poco menos que innata de la constitución “orgánica” de las multitudes –y cuya formulación y alcance conviene acotar entre la intervención inaugural de Le Bon y su asimilación vernácula con objeciones por el doctor Ramos Mejía–, por un lado; y a los gustos de digestión gruesa peculiares también de los hombres agrupados en masa, que, como parte del bagaje “etiológico” del *hombre mediocre*, aparece en los ensayos de José Ingenieros, por otro.

Cual si neurológicamente se tratase de dos grandes polos opuestos conductores de una *reacción nerviosa en cadena*, que dejara sentir con una sensibilidad mayor la excitación en los tramos iniciales, pero condujera, según una intensidad siempre decreciente, los últimos coletazos reflejos hacia el extremo donde terminarían finalmente por mitigarse las vibraciones postreras, en las intervenciones de estos tres intelectuales interesa localizar y seguir las resonancias que, originadas en el impulso propulsor de las propuestas de quien inicia la serie (Le Bon), y aunque amortiguadas varias veces en su intensidad, todavía muestran en el encargado de clausurarla (Ingenieros), la manera como comparten puntos de contacto con sus registros iniciales, haciendo oír tópicos, observaciones y categorías analíticas que remiten lexicalmente a ese complejo universo de sentidos, pero que un análisis ajeno a la tradición y al estado de sensibilidad construido por aquel legatario inicial, como a la decisiva reformulación de Ramos Mejía, pasaría por completo inadvertidas. Así, y de acuerdo a las implicancias de esta dirección exploratoria, a la psicología de las masas y al examen sociológico de las multitudes, importaría entonces sustancialmente sumar una *estesiología (2)* –que pensamos como una “disciplina” de límites (alcances y proyecciones) vagos e imprecisos, situada entre la psiquiatría, la psicología, la sociología nacientes–, emergente de las propuestas suscriptas por los autores que haremos objeto de nuestro examen.

## **Gustave Le Bon: “las manos en la masa”**

“Quoi qu'il en soit, il faut bien nous résigner à subir le règne des foules, puisque des mains imprévoyantes ont successivement renversé toutes les barrières qui pouvaient les contenir. Ces foules, dont on commence à tant parler, nous les connaissons bien peu. Les psychologues professionnels, ayant vécu loin d'elles, les ont

toujours ignorées, et quand ils s'en sont occupés, ce n'a été qu'au point de vue des crimes qu'elles peuvent commettre. Sans doute, il existe des foules criminelles, mais il existe aussi des foules vertueuses, des foules héroïques, et encore bien d'autres. Les crimes des foules ne constituent qu'un cas particulier de leur psychologie, et on ne connaît pas plus la constitution mentale des foules en étudiant seulement leurs crimes, qu'on ne connaîtrait celle d'un individu en décrivant seulement ses vices”. (Le Bon, 1895, p. 13-14).

Estamos en Europa, más precisamente en París, hacia finales de la centuria decimonónica. Quien ha consignado la advertencia precedente, a poco de haber iniciado un tratado que se hará célebre, va camino a convertirse en el primer analista sistemático de las multitudes urbanas. La cita se sitúa en los prolegómenos mismos del estudio que planea dedicarles, *Psychologie des foules* –enseguida devenido un best-sellers de época y hasta un síntoma notable de lo mismo que examina–, y parece estar allí para señalar con algo de verdad que, antes de su propia aparición en la escena intelectual, los movimientos de masas sólo habían sido objeto de exámenes cautelosos acometidos generalmente por profesionales cuya preocupación mayor parecía resultar la de la llamada “cuestión social” **(3)**, con centro en el disciplinamiento correctivo de los componentes peligrosos del sistema.

A fin de derribar entonces la opinión generalizada que había concebido hasta el momento a las masas ligadas estrechamente al fenómeno de la delincuencia urbana, el doctor Gustave Le Bon, rechazando prejuicios largamente instalados, aunque ya veremos que fortaleciendo también el establecimiento de otros muchos, nos aclara desde el inicio que no todo hombre en masa es pasible de devenir un criminal, que las emociones y los excitantes que atenazan al hombre *en foule* no siempre lo conducen a la comisión de delitos, y que, por fuera de los grupos sociales delictivos sin duda verificables, existen otras formas muy variadas de multitudes cuyo estudio y conocimiento se ha disimulado durante años.

Según su parecer, además de las que los psicólogos han terminado por admitir y clasificar, es posible atender a otras muchas modalidades de masas que el mismo autor se encargará de mencionar con algún detalle en su estudio, aunque no en todos los casos de describir con abundancia de caracteres y con la suficiente claridad que el estado del campo parecía entonces reclamar. Si es cierto que las masas revolucionarias, las reunidas en clases y en asambleas, las convocadas por sectas políticas o religiosas, o las congregadas en castas militares, obreras y sacerdotales acaparan toda su atención **(4)**, aquéllas que se aglomeraban reunidas frente a un espectáculo artístico no alcanzan sino a despertar menciones ocasionales y pasajeras que no logran disimular al respecto la inconstancia de su estudio.

De acuerdo con la opinión de Le Bon, los hombres reunidos en masa son siempre bien distintos al individuo aislado. En principio, sufren una extraña y decisiva mutación: cambian de alma y también de estado psíquico. Pasan de compartir el alma de la raza, común a todos y al parecer en el sustrato de la herencia biológica de un pueblo, a experimentar de un modo más o menos transitorio la también colectiva alma de la multitud, una nueva unidad mental resultada de la sumatoria de sus individuos componentes, fungida en base a caracteres psicológicos nuevos que se superponen a los de aquélla.

Soberana absoluta de la edad moderna, desde el punto de vista psicológico la masa es puro instinto inconsciente para Le Bon, un solo ser monstruoso, inepto a la razón y refractario a las formas tanto elementales como elevadas del pensamiento. "*Traupeau mobile obéissant à toutes les impulsions*" (Le Bon, 1895, p. 120), causa corruptora de la personalidad individual, las masas son pensadas como fuerzas generalmente desmadradas, siempre propensas a la acción destructiva del cuerpo social **(5)**. Para el examinador que se ha decidido a estudiarlas, pero que al hacerlo ha resuelto extremar contra ellas toda suerte de cauciones, aparecen como el signo y el síntoma de todas las enfermedades sociales. En el marco de un clima socio-político francés extremadamente agitado por las manifestaciones del 1º de mayo, las olas del terrorismo anarquista, el aumento de las huelgas y el recrudecimiento de las manifestaciones violentas **(6)**, las masas devienen un peligro siempre inminente que debe necesariamente conjurarse a fin de alcanzar el bienestar que procura todo estado de salud colectiva.

Así, y "como el naturalista que comienza por describir los rasgos generales comunes a todos los individuos de una familia antes de ocuparse de los particulares que permiten diferenciar los géneros y las especies que ella encierra" **(7)**, Le Bon extrema sus esfuerzos "científicos" en definir primero *caracteres*, y luego en determinar sus *excitantes*, haciendo gala de tanta exhaustividad en algunos pasajes, que se dijera munido de un potente microscopio apto al examen celular:

"Le fait le plus frappant que présente une foule psychologique est le suivant: quels que soient les individus qui la composent, quelque semblables ou dissemblables que soient leur genre de vie, leurs occupations, leur caractère ou leur intelligence, par le fait seul qu'ils sont transformés en foule, ils possèdent une sorte d'âme collective qui les fait sentir, penser, et agir d'une façon tout à fait différente de celle dont sentirait, penserait et agirait chacun d'eux isolément. Il a des idées, des sentiments qui ne surgissent ou ne se transforment en actes que chez les individus en foule. *La foule psychologique est un être provisoire, formé d'éléments hétérogènes qui pour un instant se sont soudés, absolument comme les cellules qui constituent un corps vivant forment par leur réunion un être nouveau manifestant*

Martín Batalla / *"Estesiología de las masas. Lectura de una reacción en cadena. Le Bon-Ramos Mejía-Ingenieros"*  
*des caractères fort différents de ceux que chacune de ces cellules possède."* (Le Bon, 1895, p. 19, cursiva nuestra).

Como ocurre entonces con las células que forman -acoplándose y soldándose- un nuevo ser viviente, así también con los individuos agrupados en masa. "*L'individu en foule est un grain de sable au milieu d'autres grains de sable que le vent soulève à son gré*" (Le Bon, 1895, p. 22): lo diferencial se borra; lo que era heterogéneo, naufraga en la común homogeneidad; la conciencia *s'évanouit* en el puro instinto; las condiciones intelectuales retroceden dando lugar al monstruo: "*dans les foules, c'est la bêtise et non l'esprit, qui s'accumule*" (Le Bon, 1895, p. 20). Los caracteres psicológicos que se comparten estarán prontos a catalizar los excitantes externos.

### ***La foule psychologique: caracteres y excitantes***

Hacer masa es ciertamente algo muy distinto a ser sólo un individuo aislado. Pero también, ser masa es diferente de ser multitud, aún cuando los intelectuales que siguieron (José María Ramos Mejía, entre nosotros) utilicen en sus estudios ambos términos como formas conceptualmente equivalentes **(8)**. En la acepción psicológica que guía las observaciones leboneanas, no siempre en una reunión numerosa de individuos puede constatarse la presencia de una masa. Para que ello sea operativo, es necesario encontrar una serie de rasgos que la caracterizan y la vuelven para él inmediatamente reconocible. El concierto de esta "fisonomía" constituye, esencialmente, la parte sustancial que nos interesa rescatar de su extenso estudio:

"Au sens ordinaire le mot foule représente une réunion d'individus quelconques, quels que soient leur nationalité, leur profession ou leur sexe, et quels que soient aussi les hasards qui les rassemblent.

An point de vue psychologique, l'expression foule prend une signification tout autre. Dans certaines circonstances données, et seulement dans ces circonstances, une agglomération d'hommes possède des caractères nouveaux fort différents de ceux des individus composant cette agglomération. La personnalité consciente s'évanouit, les sentiments et les idées de toutes les unités sont orientés dans une même direction. Il se forme une âme collective, transitoire sans doute, mais présentant des caractères très nets. La collectivité est alors devenue ce que, faute d'une expression meilleure, j'appellerai une foule organisée, ou, si l'on préfère, une foule psychologique. Elle forme un seul être et se trouve soumise à la *loi de l'unité mentale des foules*.

... Mille individus accidentellement réunis sur une place publique sans aucun but déterminé, ne constituent nullement une foule au point de vue psychologique. Pour en acquérir les caractères spéciaux, il faut l'influence de certaines excitants dont nous aurons à déterminer la nature." (Le Bon, 1895, p. 17-18, cursivas del original; subrayado nuestro)

La práctica médica y la biología de corte evolucionista serán pertrechos constantes de los que se echará mano en esa labor descriptiva que se observa en *Psychologie des foules*. También dos fenómenos epocales conexos como el hipnotismo y la sugestión llegarán a su turno para prestar auxilios al doctor Le Bon en su ímproba tarea. Al momento de determinar las causas de los caracteres especiales que se observan en la agrupación de los individuos, esto es, a la hora de consignar aquello que los excita a integrarse y a *hacer masa*, Le Bon recurre a lo que entiende como un efecto natural del *número*: el sentimiento de poder invencible que el sentirse mayoría otorga, y que permite a sus miembros entregarse a la demanda de los instintos, algo que con seguridad refrenaría una persona aislada, fuertemente constreñida por el sentimiento individual de la responsabilidad. Enseguida, el *contagio* (9), un fenómeno vinculado a una práctica *à la mode*, la hipnosis, consigue que el interés colectivo de la masa predomine sobre las necesidades personales de sus integrantes. Sugestionados, los muchos componentes actúan como un único miembro bajo efectos hipnóticos:

"Pour comprendre ce phénomène, il faut avoir présentes à l'esprit certaines découvertes récentes de la physiologie. Nous savons aujourd'hui que, par des procédés variés, un individu peut être placé dans un état tel, qu'ayant perdu toute sa personnalité consciente, il obéisse à toutes les suggestions de l'opérateur qui la lui a fait perdre, et commette les actes les plus contraires à son caractère et à ses habitudes. Or les observations les plus attentives paraissent prouver que l'individu plongé depuis quelque temps au sein d'une foule agissante, se trouve bientôt placé par suite des effluves qui s'en dégagent, ou pour toute autre cause que nous ne connaissons pas dans un état particulier, qui se rapproche beaucoup de l'état de fascination où se trouve l'hypnotisé dans les mains de son hypnotiseur. La vie du cerveau étant paralysée chez le sujet hypnotisé, celui-ci devient l'esclave de toutes les activités inconscientes de sa moelle épinière, que l'hypnotiseur dirige à son gré. La personnalité consciente est entièrement évanouie, la volonté et le discernement sont perdus. Tous les sentiments et les pensées sont orientés dans le sens déterminé par l'hypnotiseur." (Le Bon, 1895, p. 21).

Vulnerable y sensible en extremo a los estados nerviosos originados en su médula espinal, la masa se torna con facilidad levantisca, irritable, excitada y excesivamente crédula, propensa mayormente a exagerar sus sentimientos o a dejarse llevar por una imaginación desproporcionada y deforme. En estos puntos, en cuanto a su estado y a sus conductas, se vuelve por ello semejante al hombre primitivo, pero también a las mujeres, a los niños y a los locos **(10)**. Irracionales, seducibles e impresionables, guiadas por pasiones caldeadas y sugestionadas hasta la temperatura del desenfreno, las multitudes psicológicas, enfebrecido estado de contagio mediante, se dejan arrastrar –*“semblables aux feuilles que l’ouragan soulève”* (Le Bon, 1895, p. 26) – por políticos sin escrúpulos, por movimientos ideológicos considerados por Le Bon perjudiciales, por jefes militares y déspotas y, en suma, por los grandes *meneurs* de los que la historia de la humanidad puede rendir cuenta holgadamente en su haber. **(11)**

Las masas no son permeables a las ideas ni a los argumentos: sólo a los sentimientos y a las emociones fuertes. Mientras el pensar es para aquéllas un hábito menos que pasajero, el sentir y el hacer son siempre constantes, conmocionantes, y capturan poderosamente toda su atención con sugestiva fuerza “convinciente”. Sus razonamientos son inferiores, según Le Bon, porque las ideas asociadas no poseen entre ellas ningún lazo aparente de analogía o sucesión **(12)**. En principio y siempre, las convence todo lo que golpee a la puerta de un desarrollado sistema nervioso con centro en las emociones **(13)**. Sus falsas ideas son por ende defectivas porque se originan en una amplia gama de sentimientos. En los términos por entonces corrientes de la psiquiatría, su componente intelectual es en realidad una sofisticada *estesiología*. Desafiando de lejos a Raymond Williams, escribe el doctor Le Bon para su libro: *"La contagion est si puissante qu'elle impose aux individus non seulement certaines opinions mais encore certaines façons de sentir"* (Le Bon, 1895, p. 78).

Por estos mismos rasgos que se describen es que las masas presentan además una imaginación tan fecunda, emparentada con los procesos oníricos pero también con las patologías de los alucinados y del nerviosismo histérico:

“De même que pour les êtres chez qui le raisonnement n'intervient pas, l'imagination représentative des foules est très puissante, très active, et susceptible d'être vivement impressionnée. Les images évoquées dans leur esprit par un personnage, un événement, un accident, ont presque la vivacité des choses réelles. Les foules sont un peu dans le cas du dormeur dont la raison, momentanément suspendue, laisse surgir dans l'esprit des images d'une intensité extrême, mais qui se dissiperaient vite si elles pouvaient être soumises à la réflexion. Les foules, n'étant capables ni de réflexion ni de raisonnement, ne connaissent pas

l'in vraisemblable: or, ce sont les choses les plus invraisemblables qui sont généralement les plus frappantes." (Le Bon, 1895, p. 42-43).

Más sugestionadas por lo irreal que por lo real, por las imágenes antes que por las ideas, por las sensaciones y no por el intelecto, cuando el doctor Le Bon busca un ejemplo suficientemente válido para explicitar estos condicionantes del número y del contagio, recurre al que le suministra la escena teatral de su época:

"Les foules, ne pouvant penser que par images, ne se laissent impressionner que par des images. Seules les images les terrifient ou les séduisent, et deviennent des mobiles d'action. Aussi, les représentations théâtrales, qui donnent l'image sous sa forme la plus nettement visible, ont-elles toujours une énorme influence sur les foules. .... Rien ne frappe davantage l'imagination des foules de toutes catégories que les représentations théâtrales. Toute la salle éprouve en même temps les mêmes émotions .... Parfois cependant les sentiments suggérés par les images sont si forts qu'ils tendent, comme les suggestions habituelles, à se transformer en actes. On a raconté bien des fois l'histoire de ce théâtre populaire qui, ne jouant que des drames sombres, était obligé de faire protéger à la sortie l'acteur qui représentait le traître, pour le soustraire aux violences des spectateurs indignés des crimes, imaginaires pourtant, que ce traître avait commis. C'est là, je crois, un des indices les plus remarquables de l'état mental des foules, et surtout de la facilité avec laquelle on les suggestionne. L'irréel a presque autant d'action sur elles que le réel. Elles ont une tendance évidente à ne pas les différencier frappantes." (Le Bon, 1895, p. 43). **(14)**

Está visto: la sala teatral, por su capacidad de contención de un alto número de espectadores, había sido y era todavía un ámbito propicio a generar el contagio de las emociones por vía de un especial estado de receptividad. Más tarde lo serían con seguridad los espectáculos de proyecciones cinematográficas, de los que, y por motivos estrictamente cronológicos, Gustave Le Bon no llegó a ocuparse, a pesar de que su lanzamiento europeo se remontara al año mismo en que la *Psychologie des foules* era publicada. Si, atado a su época, no alcanzó a extenderse demasiado en el examen de las incidencias de las imágenes en movimiento sobre las masas, sin duda esto debió imputarse al hecho de que, por esa misma inmediatez comentada, éstas, en calidad de "excitantes", no concitaban el exagerado interés con que iban después a arrastrar a las multitudes en el escenario ampliado del mundo entero. La mención citada referente a los fenómenos ordinarios que se observaban en las prácticas teatrales de su época, precede, sin

embargo, la observación de una atracción nada desdeñable que, con respecto a lo que después evolucionaría en el cine, ya comenzaba a avizorarse con cierta rapidez.

## **Le Bon y la lanterne magique**

La idea de concebir a las masas como especialmente permeables a los fenómenos de sugestión e hipnotismo, presente desde Le Bon en Freud y, entre nosotros, en Ramos Mejía y José Ingenieros, podrá vincularse cómodamente más tarde con la atracción hipnótica ejercida por los nuevos medios tecnológicos (radiales, cinematográficos), con los que, un paso más adelante que el teatro, se buscó sugestionar a los nuevos públicos urbanos. A estos avances –que el caso del cine vuelve a emparentar con las formas familiares de la “práctica médica”, desde el momento en que el montaje cinematográfico fue concebido por Walter Benjamín como un modo de experiencia quirúrgica análoga a la intervención del cirujano en el quirófano clínico (Cfr. Benjamin, 1935)–, será lícito sumar, décadas después, la fotogenia, una preocupación vinculada al meteórico ascenso de las estrellas del cine, correlativa al crecimiento abultado de las finanzas de las productoras industriales. Sus parlamentos y latiguillos, los modos de actuación y gesticulación característicos, las posturas de actores y de actrices, el mundo lujoso de los objetos de uso, las prácticas de vestuario y todas las imposiciones de la moda, o las gigantescas reconstrucciones escenográficas en el interior artificial de los sets, serán parte integrante del bagaje de componentes que sugestionen e hipnoticen hasta el fanatismo a las masas de nuevos espectadores. **(15)**

Pero si Le Bon no llegó tan lejos, sin embargo su estudio da cuenta de que intentó extender, al menos todo cuanto le fue posible, el horizonte de manifestaciones que cayeron bajo su lente de observación directa. En el examen de los fenómenos que sugestionaban con mayor fuerza a las multitudes, y a la espera de encontrar explicar la funcionalidad con que la imaginación de las mismas “se ordena” y “piensa”, nos interesa sobre todo verificar una atenta observación, por otra parte de lo más inmediata y contemporánea que pueda reclamársele, para 1895, al proyecto de delimitación y ordenación de los aspectos abordados en su estudio y a la plasmación ulterior de una escritura. En esta tarea de auscultación del organismo social y de inmersión en las honduras de un psiquismo masivo para seguir febrilmente allí las causas de sus excitantes, Le Bon recoge la incidencia, todavía no tan decisiva, de uno de los ancestros del cine de mayor difusión en los *boulevards* europeos de finales de la centuria decimonónica: *la lanterne magique*:

“Quelles que soient les idées suggérées aux foules, elles ne peuvent devenir dominantes qu'à la condition de revêtir une forme très absolue, et très simple. Elles

se présentent alors sous l'aspect d'images, et ne sont accessibles aux masses que sous cette forme. Ces idées-images ne sont rattachées entre elles par aucun lien logique d'analogie ou de succession, et peuvent se substituer l'une à l'autre comme les verres de la lanterne magique que l'opérateur retire de la boîte où ils étaient superposés. Et c'est pourquoi on peut voir dans les foules se maintenir côte à côte les idées les plus contradictoires. Suivant les hasards du moment, la foule sera placée sous l'influence de l'une des idées diverses emmagasinées dans son entendement, et pourra par conséquent commettre les actes les plus dissemblables. Son absence complète d'esprit critique ne lui permet pas d'en percevoir les contradictions". (Le Bon, 1895, p. 39-40). **(16)**

El pasaje, que permite anticipar también de un modo casi notable las posiciones teóricas que un tiempo después formularán en torno al montaje tanto Eisenstein como Pudovkin, le permite a Le Bon pensar, en la fractura de *leurs signifiants emmagasinées*, el modo singular en que las masas "razonan" (se sugestionan) por la concatenación de potentes imágenes que, en principio inmotivadas y luego montadas, consienten por vislumbrar una operación cercana a lo que después será para ellas un mecanismo usual, por ejemplo, en el primer cine de propaganda que reinó durante el nazismo. Según las investigaciones de Siegfried Kracauer, también por un dispositivo de ajustada compaginación audiovisual los mandantes del Tercer Reich encauzaban las películas celebratorias del régimen hacia los componentes de las multitudes alemanas (Cfr. Kracauer, 1947). Estas películas, objeto de una minuciosa planificación, estuvieron precedidas por un larga serie de filmes que habían sabido asilar en su interior a tiranos sin escrúpulos, criminales autómatas, sonámbulos inquietantes y psiquiatras hipnotizadores que, como el doctor Caligari, se hallaban al borde mismo de la locura. **(17)**

Alejado del escenario de la guerra, pero en el camino de la consecución de efectos también "hipnóticos", magnetizadores de los intereses del espectador, el primer cine argentino sonoro, tal como lo advirtiera el cronista de *Cinegraf*, "ensambló" ingredientes de fuerte repercusión popular (figuras de la radio o el teatro, tangos, guitarristas, recursos del sainete) procurando que, en esa reunión, "un acto [tuviera] alguna relación de continuidad con los otros" **(18)**. El montaje de estos excitantes, cual una cadena de significantes mayormente endeble aunque provista de una mínima hilación, puede verificarse en los inaugurales productos sonoros argentinos de la década del treinta. En las crónicas de la época que refieren el entusiasmo de los espectadores y, en suma, en la gigantesca industria que se edificó en el país en apenas un lustro, pueden compulsarse con facilidad los efectos de la sugestión cinematográfica de factura local.

## Las multitudes nuestras según Ramos Mejía: una *estesiología* de las masas

“La foule, avons-nous dit en étudiant ses caractères fondamentaux, est conduite presque exclusivement par l'inconscient. Ses actes sont beaucoup plus sous l'influence de la moelle épinière que sous celle du cerveau. Elle se rapproche en cela des êtres tout à fait primitifs. Les actes exécutés peuvent être parfaits quant à leur exécution, mais, le cerveau ne les dirigeant pas, l'individu agit suivant les hasards des excitations. Une foule est le jouet de toutes les excitations extérieures et en reflète les incessantes variations. Elle est donc esclave des impulsions qu'elle reçoit. (...) C'est ce qu'on peut physiologiquement exprimer en disant que l'individu isolé possède l'aptitude à dominer ses réflexes, alors que la foule ne la possède pas.”

Gustave Le Bon, *Psychologie des foules* (1895). (19)

En el estudio preliminar a *Las multitudes argentinas*, en la edición que preparó para la Editorial Biblioteca, Adolfo Prieto refiere para comenzar las privilegiadas condiciones sociales, políticas, económicas y por fin intelectuales en que crecieron los hombres nacidos en los años próximos al de la batalla de Caseros. Formados en el interior de los flamantes claustros universitarios, en el marco de las contingencias propicias a la práctica del conocimiento científico que sus aulas les posibilitaron, estos hombres, dice Prieto, se vieron casi siempre pertrechados de los instrumentos de trabajo más adecuados al abordaje científico disciplinar y por ello detentaron las condiciones profesionales más calificadas de su época, aptas para el análisis de la diversificada sociedad que emergía con ellos. Como ningún otro especialista, además, este nuevo profesional universitario se halló “habitualmente bien informado de las corrientes discutidas en los medios académicos europeos” (20), y en la mayoría de los casos utilizó esos enseres para moldear sus propias reflexiones y materiales, los que, orientados al examen de las condiciones vernáculas, casi siempre se satelizaron a ellos.

A pesar de la dirección y del tono propio impresos a las ideas del libro, estos últimos rasgos resultan inocultables a poco que se avance en la lectura de *Las multitudes argentinas*, hecho que, entre otras cosas, nos eximirá de insistir demasiado en la dirección de los mismos. La influencia poderosa de las matrices proporcionadas por la *Psychologie des foules* posicionan a José María Ramos Mejía en el rango de un discípulo constante del doctor Le Bon –pero también de las difundidas ideas de Hyppolite Taine–, repertorio que traslada, en sus fórmulas más conocidas, a la convulsionada sociedad argentina a cuyo examen se aplicará a lo largo del volumen, que verá la luz sólo cuatro años después que el de su maestro europeo. No sin interponer algunos reparos y señalando como ajuste sustancial la introducción del concepto de *multitud* –que no siempre se superpone por completo al de *masa* para abarcar todas sus implicancias psicológicas–, como su

firme convicción de remontar su emergencia a la época de la Colonia –donde el especialista argentino se encuentra ya con la presencia de multitudes **(21)**–, el doctor Ramos Mejía nos permitirá avanzar en nuestro recorrido mostrando aquello que, para los fines acotados de nuestro examen, aporta como novedad a la descripción caracterológica de las aglomeraciones inaugurada por sus referentes europeos de consulta. **(22)**

En los distintos tramos configurantes de ese complejo inventario fisonómico nos interesa sobre todo recortar la importancia concedida al sistema nervioso como aspecto esencial de la psicología colectiva, y también destacar muy especialmente el consecuente empleo de un léxico (y hasta de una tropología) disciplinar que agota habitualmente el repertorio de la neuropsiquiatría epocal. Así, y empezando por compartir en la mayoría de sus términos el retrato ensayado por Le Bon, Ramos Mejía avanza sobre la representación de las multitudes ajustando su interés de un modo notorio en la peculiar sensibilidad colectiva de las agrupaciones que observa actuar desde época temprana en el país. Si para ello exhibe los calibrados instrumentos de abordaje biologicista que su tiempo le presentaba como más adecuados a su perspectiva y a su formación, esto es, el eficaz repertorio positivista cuyo empleo no siempre moderado, a los ojos del observador contemporáneo, no logra rescatarse de sus abusos ni tampoco de sus limitaciones **(23)**, este estado de la cuestión, sin embargo, está lejos de impedir, aplicado al bosquejo del cuadro clínico de las multitudes, la formulación de una profusa figuración de duradera eficacia y perdurabilidad en el discurso de los intelectuales que –tal y como si se tratase de una *reacción nerviosa en cadena*– lo retomen después con otros fines. En el examen de los aspectos que nos interesa relevar es precisamente donde se verifican algunas de estas comprobaciones.

## Anatomía de las multitudes

Así, y en la línea del abate de Condillac, cuyo *Traité des sensations* preconizó el imperio de los sentidos y de las sensaciones sobre la preexistencia de las ideas, el doctor Ramos Mejía asignará al hombre objeto de la multitud una colección de rasgos que, partiendo desde la *cenestesia* **(24)** constitutiva de todos los organismos superiores vivientes, acabarán por configurar una *estesiología de las masas*. Para comenzar con su descripción del cuadro observado, entonces, nuestro autor empieza por discrepar con Le Bon en un punto fisonómico clave, donde a la vez no logra disimular, o disimula mal, los motivos clasistas que impulsan hacia adelante el grueso de su argumentación. Evolucionista convencido y liberal consecuente, como lo describe Prieto **(25)**, el médico argentino no hará concesiones a la afirmación leboneana, uniforme y temerariamente igualadora, que anuncia la predisposición de todo hombre, sin distinción alguna, a formar multitud. En el primer capítulo de su libro, titulado casi provocativamente "Biología de las multitudes", nos explica su criterio en relación con la composición de las mismas, alegando las

especiales aptitudes morales e intelectuales que no marcan generalmente a todo el mundo desde la cuna. Por ello es que los más propensos a aglomerarse son los individuos anónimos...

"sin nombre representativo en ningún sentido, sin fisonomía moral propia: el número de la sala del hospital, el *hombre* de la designación usual en la milicia, ése es su elemento. El verdadero hombre de la multitud ha sido, entre nosotros, el individuo humilde, de conciencia equívoca, de inteligencia vaga y poco aguda, de sistema nervioso relativamente rudimentario e ineducado, que percibe por el sentimiento, que piensa con el corazón y a veces con el vientre: en suma, el hombre cuya mentalidad superior evoluciona lentamente, quedando reducida su vida cerebral a las facultades sensitivas". (Ramos Mejía, 1899, p. 31, cursivas de fuente).

Es esta "peculiar estructura para alinearse en sus filas" (Ramos Mejía, 1899, p. 30), una disposición emotiva de una contextura preeminentemente sensible, la que a criterio de Ramos Mejía no ha sido abordada con el detenimiento que reclamaba. Ello explica, entonces, las alusiones léxicas del autor en el prefacio al estudio que va a consagrar a las multitudes locales, en donde desde el principio nos invita a examinarlas "de cuerpo entero", y nos convida a obtener de ellas una "impresión de conjunto", mirando con la amplitud de "una visión mental periférica de ancho diámetro" que alcance a formarnos "una percepción estereoscópica" (Ramos Mejía, 1899, p. 23). Si la multitud es ante todo un organismo sensorial, parece que fuera preciso comprenderla apelando a toda la certidumbre que otorgan los sentidos, aplicados conjuntamente a la tarea de su observación anatómica directa. "La función de la plebe argentina es tan importante como vaga y obscura todavía. La hemos condenado sin oírla" (íbidem), continúa la advertencia sensorial del autor. A la necesidad de esa *estesiología* de las multitudes se aplicarán sus desvelos a lo largo del volumen.

Glosados por los críticos, los apartados y los momentos textuales en que esta empresa se lleva a cabo son de por sí muy numerosos en el interior de *Las multitudes argentinas*, y esto sin que esa reiteración conlleve mella alguna a la organicidad del planteo o a la originalidad de las figuras, también muy copiosas, que lo sostienen. Una mirada que conecta enfoques científicos, historiográficos y sociológicos sobrevuela generalmente estos momentos analíticos tan sincréticos e ilustrativos, en que la pluma de Ramos Mejía se vuelve, como síntoma también de los mismos problemas que acomete, particularmente enérgica y enjundiosa. En estos tramos, la apelación a las citas de autoridad y al selecto repertorio lexical de que echa mano, afines ambos con su territorio disciplinar de partida, se imponen en notables pasajes del texto y pasan a ser hábitos analíticos más constantes todavía.

Para empezar, y dado que la multitud será siempre concebida medularmente por el autor, una noción proveniente de la semiología médica, y cuya aplicabilidad alcanzará a ese otro cuerpo observable de la sociedad local, describe desde el vamos su desarrollado sistema neurológico:

“Ese inexplicable *sentido de la existencia*, la cenestesia, que llamaba Henle y que Ribot define diciendo ser la suma, el caos no desembrollado de sensaciones que de todas las partes del cuerpo afluyen sin cesar al *sensorium*, había tomado, en la multitud argentina, un desarrollo que la hacía más dueña de sí misma.

Los pueblos, como los individuos, deben experimentar esa sensación que les da la noción más o menos clara de su ser biológico; eso que Condillac, con profunda apropiación del vocablo, llamaba el instrumento fundamental de la existencia.” (Ramos Mejía, 1899, p. 60-61, cursivas en fuente).

Así, el hombre “bajo” inmerso en la multitud es brutalmente *sensitivo*. Las reacciones reflejas de sus sistemas *muscular y circulatorio (26)* muestran a las claras, además, la espontaneidad con que se automatiza. “Cual si un hilo eléctrico uniera los músculos de todos los rostros”, dice Ramos Mejía, la misma emoción activa el mismo impulso, las mismas palabras, iguales actitudes e idénticos gestos. “Los músculos del rostro, que son los que están más próximos a los centros nerviosos cerebrales, y que por este hecho reciben rápidamente el influjo, son los más expresivos en su automatismo” (Ramos Mejía, 1899, p. 28). Como bajo el mismo proceso psicológico multitudinario, las fisonomías de las personas fotografiadas instantáneamente ilustran, en un décimo de segundo, la evidencia que se persigue argumentar: su vida refleja sitúa a estas clases de individuos en la proximidad de los cerebros primitivos y elementales, lejos, desde ya, de las valencias básicamente intelectuales del autor.

Su *afinidad* molecular es ciertamente poderosa. Aunque transitoriamente, el llamado *hombre-carbono* se manifiesta capacitado para atraerse y asociarse social o políticamente, cual acontece en la mecánica de los cuerpos orgánicos con su atomicidad molecular. La pasión irritada y el estímulo del sentimiento aumentan sus valencias y su aptitud de refundición y de contagio. “Como un flujo de chispas eléctricas o el efluvio de la descarga obscura puede determinar combinaciones entre átomos que permanecen sin acción los unos sobre los otros” (Ramos Mejía, 1899, p. 33), así un estímulo herir el sistema nervioso de los componentes multitudinarios. Por ello son los individuos que obedecen ciegamente a las contingencias de una médula espinal hipersensibilizada, como observó Le Bon, aquéllos más propensos a ser arrastrados por la multitud:

“Constituyen los principales núcleos de la *multitud*: los sensitivos, los neuróticos, los individuos cuyos nervios sólo necesitan que la sensación les roce apenas la superficie, para vibrar en un prolongado gemido de dolor o en la vigorosa impulsividad, que es la característica de todas las muchedumbres.” (Ramos Mejía, 1899, p. 29, cursiva en fuente).

Continuando con su bosquejo fisonómico, y en la línea directa de su colega europeo, el doctor Ramos Mejía, partiendo del tópico precedentemente citado, desemboca en forma directa en el esperado símil leboneano, largamente precedero en el discurso intelectual por venir. El especialista argentino dice entonces que las multitudes son siempre...

“impresionables y veleidosas como las mujeres apasionadas, puro *inconsciente*; fogosas, pero llenas de luz fugaz; amantes ante todo de la sensación violenta, del color vivo, de la música ruidosa, del hombre bello y de las grandes estatuas; porque la multitud es sensual, arrebatada y llena de lujuria para el placer de los sentidos. No raciocina, siente. Es poco inteligente, razona mal, pero imagina mucho y deforme; todo lo quiere grande, ampuloso, porque vive en un perpetuo gongorismo moral, ampliando y magnificándolo todo en proporciones megalomaniacas”. (Ramos Mejía, 1899, p. 29-30, cursiva en fuente). **(27)**

Los componentes orgánicos más conspicuos han quedado, pues, señalados claramente: cierta compartida estructura cerebral; una analogía fisiológica con centro en los sistemas nervioso, muscular y circulatorio; la facilidad asombrosa para el contagio y el mimetismo automático; el gusto grueso y la propensión a la exageración; y un matiz aún más peyorativo que el que indican todos los anteriores: una cierta cualidad marcadamente femenil que, según Ramos Mejía, es posible observar en las mujeres de sensuales necesidades tangibles (porque no abstraen), que persiguen los objetos que hieren los sentidos –“siempre alborotados”– con plasticidad vulgar. **(28)**

## **Sensibilidad refleja *impresionable* y *fotogénica***

Con ligeras pero sugestivas variaciones, estos rasgos sustanciales sostendrán, a lo largo del volumen, el minucioso examen cronológico de las muchedumbres vernáculos en las diferentes edades de su evolución como grupo. En todos los casos, los trazos que se han señalado volverán para expandirse en ejemplos que tomarán de su claridad gráfica toda su fuerza seductora y explicativa. Las multitudes de la Colonia, por ejemplo, poseen tanto de bárbaras cuanto de

contumaces, porque –brutales– tienen adormilada la inteligencia pero despiertos y en movimiento sus centros neurolocomotores. De una musculatura bien ejercitada, e inmunizadas ante el dolor por la *analgesia* y la *narcosis* propia de los seres primitivos, estas muchedumbres se agitan en rebeldías pueriles que crecen por contagio epidémico, o expanden sus límites espaciales como la *mancha de aceite* sobre una superficie llana (Ramos Mejía, 1899, p. 36-39). Femeninamente noveleras y supersticiosas, propensas a exaltar fácilmente su imaginación, sólo necesitan, como la *amorces*, la acción de un *detonador* que, en sincrónica conmoción, provoque la consabida *reacción en cadena*:

“Un cartucho de dinamita provocado a estallar por medio de una *amorces* de fulminato, hace saltar los cartuchos vecinos, no sólo al contacto y por choque directo, sino también a distancia; se puede así hacer explotar un número infinito de cartuchos dispuestos siguiendo una curva regular. Champion y Pellet han dado de este fenómeno una explicación, para la que han tenido que crear la teoría que llaman de las *vibraciones sincrónicas*, según la cual, la causa de la detonación por influencia, reside en el sincronismo entre las vibraciones producidas por el cuerpo que provoca la detonación, y las que produciría al detonar el primero, lo mismo que una cuerda de violín resuena al unísono con otra semejante que vibra a la distancia”. (Ramos Mejía, 1899, p. 51, cursivas en fuente).

Como pulsar una cuerda que vibre de un modo acorde con sus congéneres, o generar la onda explosiva que describe Berthelot, y según la cual el movimiento ondulatorio se transmite por impulsiones físico-químicas entre materias constitutivamente análogas, la naturaleza de la multitud, según los símiles servidos por el autor, es siempre “emocionable y detonadora.” (Ramos Mejía, 1899, p. 51).

La interminable colección de tropos con que Ramos Mejía manobra y matiza su pericia en la descripción estesiológica del comportamiento multitudinario incluye, importada desde la física, una analogía que resulta todavía hoy fascinadora al interés del lector contemporáneo. Como cuando las nubes anuncian la tormenta, nos dice, “se ve moverse a la multitud nerviosamente”, vibrando en el aire hasta ganar el horizonte, y formando “torbellinos que amenazan con arrastrarlo todo”. Cuando, con “manos huracanadas”, se desata por fin su poderosa fuerza expansiva, despide su motilidad líneas eléctricas y magnéticas, fluidos que se diseminan en el espacio y que el médico argentino anhela algún día medir con un *resonador* análogo al de Hertz. Apelando intertextualmente a las leyes que describen la circulación de la energía, este tramo encendido del estudio procura explicar el comportamiento del sistema nervioso de las masas, espejándolo en el flujo eléctrico continuo que se conduce volando por el éter. El contagio es aquí entonces

motorizado por la chispa que, por pequeñísimas corrientes circulares, va engendrando –alada– el imán colectivo **(29)**. O con las fórmulas de Taine: considerando un *medio* dado, tomando en cuenta tanto las circunstancias estimulantes del *momento* cuanto la plasticidad de los participantes (componentes de la *raza*), la sensibilidad de la muchedumbre se potencia como excelente conductora dando lugar a fenómenos de atracción, difusión y transformación de las emociones:

“La multitud (...) es, más bien, el conjunto de individuos en quienes la sensibilidad refleja supera a la inteligencia y que en virtud de esa disposición especial se atraen recíprocamente con mayor fuerza de asociación, como diría Gall, que los que con mejor control cerebral resisten a ella por predominio del razonamiento. Como a mayor sensibilidad corresponde mayor plasticidad, la impresión es más intensa y uniforme, más fácilmente difundible y transformativa, porque faltan las facultades críticas que someten la impresión a una lenta y metódica elaboración superior. Basta que sea levemente rozada la sensibilidad para que la reacción rápidamente se produzca y se propague fuera, porque en ellos el *arco reflejo* no tiene que pasar por los elevados aparatos de la inteligencia que enfrían y retardan la vuelta centrífuga”. (Ramos Mejía, 1899, p. 99, cursivas en fuente). **(30)**

Dos figuras algo vecinas entre sí completan la descripción del “complicado mecanismo de [su] cerebral relojería” (Ramos Mejía, 1899, p. 118). Los miembros de una multitud nunca son apáticos ni apagados, según nuestro especialista. Son, más bien, sumamente *impresionables*, en el sentido fotográfico del vocablo y del proceso en que la luz, por reacción química, recibe los estímulos del exterior y, en virtud de una especial susceptibilidad interna, los va estampando uno a uno en su placa orgánica: se trata de...

“temperamentos análogos a la sensible placa fotográfica que va fijando, a medida que los recibe, los detalles de un objeto. En virtud de ser todo órgano de percepción, y de nula o mediocre intelectualización, van recibiendo en el turbio *inconsciente*, uno a uno, los detalles de una de esas grandes ideas que a ellos llega en forma de vago sentimiento”. (Ramos Mejía, 1899, p. 100, cursivas del original).

No es cuestión de inteligencia, sólo de *sensibilidad* (instintiva), en la acepción que nos presta el siguiente tropo, vinculado, también él, a la fotogenia:

“Haré más claro mi pensamiento diciendo que reciben el estímulo de la luz como las larvas de dípteros en que experimentaba Pouchet, o como los quilópodos ciegos de Plateau, que sin tener ni aun rastros de un aparato visual, todo su cuerpo se siente herido por ella reaccionando inconsciente, pero vivamente. Hay algo, digo mal, hay mucho de animal en esa secreta obediencia de la multitud que en virtud de la ya notada disposición mental, se hace apta para verificar ciertas funciones, sin haberlas aprendido y sin que el entendimiento pueda guiarla en el camino”. (Ramos Mejía, 1899, p. 100).

### **La *mise en scène* del *meneur*: cuerpo actoral, *toilette* y *draperie***

Porque es fundamentalmente nerviosa, la muchedumbre “procede por impresiones y reflejos” (Ramos Mejía, 1899, p. 55-56). Permeable a la recepción de las modulaciones exteriores, una descripción anatómica que estudiara los órganos sensoriales y el mecanismo de generación de las sensaciones, no podría prescindir de la biología que la describe. Cuando el doctor Ramos Mejía refiere la actuación de las primeras multitudes de la emancipación, que entraron en escena para las invasiones inglesas de los años 1806 y 1807, entonces parece echarse a andar en el texto toda una compleja *estesiología* aplicada a sus conductas sanguinarias **(31)**. Embravecida por el olor de la pólvora, cebada por la sangre y el placer de la matanza en medio de la alegría ruidosa y desordenada de la contienda, la multitud de la Reconquista, presa siempre de enfebrecido entusiasmo, es descrita en páginas que trasuntan un paroxismo lleno de excesos bestiales impulsivos, atenaceados por una variada gama de estímulos sensibles que laceran un sistema nervioso exacerbado. **(32)**

La *cenestesia* característica del hombre objeto de la multitud da cuenta entonces de una *constitución psíquica* propicia a todas las incitaciones y en estado de alerta permanente. Una suerte de “*inminencia de multitud*” (Ramos Mejía, 1899, p. 101) que gravita en la base de su *alma*, ante el más leve rumor o la emoción más insignificante, activa una cadena refleja camino al *sensorium* **(33)**, que describe un estado patológico proclive a ser gobernado por las sensaciones y nunca por el intelecto. Este último aspecto constituye la piedra de toque que resguarda de volverse masa al autor del tratado y a su clase de procedencia. Sumamente enfatizado en el cuerpo de su trabajo, a juzgar por la multiplicación de las menciones, su obstinación textual nunca parece resultar suficiente. Es el eslabón, en efecto, que conecta el temperamento multitudinario con la aparición en escena del tirano agitador de la mazorca, ése que también ha desafiado la inteligencia crítica de este intelectual mecido en cuna de familia unitaria.

Cuando Ramos Mejía verifica la acción del *meneur*, y sobre todo cuando lo hace trazando los rasgos propios de las montoneras y de la figura “actoral” del Restaurador, el *atáxico* cuadro patológico de las multitudes argentinas completa por fin su *estesiología*. El darwinismo social que circula por estos pasajes se vuelve entonces más que evidente. Las lepóridas montoneras de la pampa y del litoral serán entonces el caldo de cultivo de la aborrecida tiranía de Rosas, “la más genuina expresión de esa *surabondance d'énergie*” (Ramos Mejía, 1899, p. 185). Ramos Mejía presenta el medio en que una selección natural, con las contingencias de un “alma medular” y una “vida infracortical” (Ramos Mejía, 1899, p. 164), conduce a la idolatría del más apto, esto es, a la celebración del más gaucho, a la fascinación por el más varonil o al fanatismo sensible hacia el jinete más diestro. Todo comienza por lo que, en términos teatrales, sería la construcción de una *presencia escénica* y el concierto de los aditamentos que la sostienen.

También en este aspecto hacen su celebrada *rentrée* algunas ideas leboneanas. El sortilegio multitudinario que despide la figura de Rosas, gracias a sus poderosísimos estímulos de cuño visual, encabeza el elenco en orden de importancia. Lo demás está compuesto de las frases y de las proclamas efectistas de su *escribano* (ese “tramoyista de la comedia cuyo brazo no se percibe por los espectadores” [Ramos Mejía, 1899, p. 169]) (34), de la fijación y puesta a punto del dispositivo de la iteración condicionada (35), y del infaltable mecanismo de *retorno energético* que se tiende desde la multitud al caudillo-“intérprete”, y desde éste a la multitud-“auditorio”:

“Diríase tal vez que doy demasiada influencia al físico y a las cosas de pura impresión sensorial, como elemento de sugestión, pero la verdad es que en la psicología colectiva ese factor es indudablemente de trascendental importancia. Las palabras cabalísticas o misteriosas, las frases ruidosas, los colores vivos y los sonidos de armonía imitativa, en una palabra, todo lo que sea materialización grandiosa de una idea, un sentimiento o un instinto, es de una viabilidad sorprendente en la imaginación artera de las muchedumbres meridionales”. (Ramos Mejía, 1899, p. 194-195).

En este punto, la equivalencia de los hechos descriptos con los avatares de la escena teatral, ya transitada por el ensayo argentino con análoga frecuencia simbólica por lo menos desde el *Facundo*, cobra en el estudio de Ramos Mejía un protagonismo textual de verdad excluyente. Rosas se ha vuelto un *intérprete* planificado, y sus apariciones públicas, cual *actuaciones*, son concebidas en términos de estudiadas *maniobras actorales*. Su ensayada partitura vocal y corporal lo presenta en una *mise en scène* toda vez exagerada en sus gesticulaciones, dirigida a la gruesa digestión sensible de la chusma montonera. “Juguete de las

excitaciones exteriores”, como diría Le Bon, el hombre de la campaña, vuelto acaso el primer espectador vernáculo mayoritario, aguza entonces sus sentidos para recibir con vivas y ovaciones al Restaurador, esmaltado, como él, en una estética lo más próxima que imaginásemos al gusto kitsh, *avant la léttre*:

“Y debió ser de un efecto realmente teatral en su imaginación llena de calor, la apostura estatuaria del gran histrión, caballero en sus magníficos corceles de sangre indígena y elegidos con hermenéutica impresionista; la cara ligeramente tostada... los ojos claros, bellísimos, pero de una mirada penetrante e inquisidora, resaltando vivamente bajo la sombra suave de unas arcadas superciliares prominentes, como las del Apolo del Belvedere. Rosas responde a los ¡vivas! del populacho sacándose el sombrero apuntado con movimiento de una circunspección teatral, dejando el mayor tiempo posible su cabeza, de buena configuración romana, descubierta, como para dar lugar a que la muchedumbre y las mujeres le tributen toda la admiración que él creía merecer, porque era vano y muy pagado de sus exterioridades de macho. Montaba a caballo como ninguno de los jinetes conocidos de la época, y como su cuerpo, de una curvatura torácica irreprochable, no había perdido todavía sus formas... se destacaba como una aparición sobre el lomo flexible del caballo”. (Ramos Mejía, 1899, p. 193).

“Ideal dramático y físicamente emocionante” (Ramos Mejía, 1899, p. 196) a que aspiraban las muchedumbres, continúa diciéndonos el autor, el Restaurador, criado a mitad de camino entre la ciudad y la campaña, completa su estampa pública, como las multitudes a las cuales se dirige, con las usuales prácticas escénicas del “maquillaje” y del “vestuario” teatral: las cauciones impuestas por la *toilette* y el esmero aplicado a la *draperie*. Cuidado corporal, meticulosidad por la higiene y “estatura realzada por aquella habilidosa distribución de gestos, de actitudes y de la *draperie* alternativa de campesino patán o de generalísimo y conquistador del desierto con que presentaba a la multitud su cuerpo de tan vastas y bellas proporciones” (Ramos Mejía, 1899, p. 194), constituyen estrategias que también la turba gusta replicar de las que observa en los pájaros del aire y en las alimañas que asilan los montes:

“En los insectos, el principio de coloración, destinada a facilitar el reconocimiento y a aterrorizar al enemigo, ha debido contribuir para producir la sorprendente diversidad de colores y manchas que notamos en ellos y que facilitan su propósito. Multitud de animales, como los insectos, toman formas, actividades y movimientos especiales, adoptan sonidos estridentes y olores particulares, para intimidar al

enemigo o reconocerse, para distinguirse las especies aliadas, las unas de las otras.

Las vagabundas *multitudes* eran como aquéllos, hijas de la naturaleza agreste y ruda, que las había –diré así– amamantado, por lo que se complacían en imitarla y en descender hasta ella, con cierto placentero amor filial. Sus recursos asemejábanse a los de las aves de rapiña, a los de los insectos que acabamos de recordar, al resto de la animalidad inculta en cuya comunidad vivían retozando. Adoptaban sus colores más vivos para reconocerse en el entrevero y en la noche; tomaban sus gritos y sus interjecciones guturales para intimidar, y a veces, hasta semejaban determinados animales cuyos hábitos y particularidades conocían como el más consumado zoólogo". (Ramos Mejía, 1899, p. 184-185).

Ante semejante cuadro de barbarie, reflejado más tarde en los especímenes arrimados a estas costas por la marea inmigratoria, el tratadista no puede contener más tiempo los términos de su reacción:

"Cuando veo a todas esas turbas desfilar rápidamente por el campo de la visión mental, evocadas por las descripciones vivaces que nos han dejado escritores artistas, se me representan, más que las luchas sangrientas de otras épocas de la historia, los combates que entre los cuadrúpedos y las aves en las épocas del *ceño* nos han descrito Darwin, Romanes y ese interesante de Leroy, el cantor optimista de las aptitudes animales". (Ramos Mejía, 1899, p. 184, cursiva en el original).

Después de desandar su impresionante recorrido por la vida activísima de las muchedumbres autóctonas, sorprenden al lector las palabras iniciales de esta cita: que nuestro autor haya visto únicamente como producto de su fantasía desfilar a las enormes turbas, o que sólo la apacible intermediación de un libro le haya deparado a su intelecto un panorama tan diverso, pletórico en imágenes de índole metafórica. Cuando puede conjeturarse sin error que las contingencias de su propio tiempo contribuyeron con suficiencia a ofrecerle una impresión bien delimitada de una multitud, al menos lo bastante próxima a aquéllas pese a su versión ya modernizada, extraña un tanto que el tratadista continúe apelando firmemente a la tradición libresca antes que inclinarse a aceptar el testimonio directo de sus propios sentidos de observador. Aunque si se piensa en la confortable quietud de la que con seguridad no adolecía su propio gabinete de trabajo –inmerso en la soledad de una escritura sosegada, contenida apenas por el ademán corriente en procura del volumen imperioso en los escaparates de la biblioteca (todos signos inequívocos de una formación académica producto indiscutible de su posición de

Martín Batalla / *“Estesiología de las masas. Lectura de una reacción en cadena. Le Bon-Ramos Mejía-Ingenieros”*

clase) –, es comprensible que el doctor Ramos Mejía prefiriera estar todo lo resguardado que imaginarse pueda de la influencia a todas luces inquietante de fieros “bicharracos” y multitudes argentinas: pasados y venideros.

## **“Narices chatas”, “orejas grandes” y “labios gruesos”: para una estesiología del rebaño urbano**

“La conocida comparación de la capital con el cerebro, es vulgar por lo mismo que es tan exacta. Todas las sensaciones e impresiones vienen a ella por el conducto de sus nervios afluentes conocidos. Va a ser éste el centro cinestésico de todo el ser político, de todo el conjunto de las funciones vitales, la vaga conciencia de todo *l’insieme* como diría Sergi. Centro de intelectualización de las oscuras impresiones de cada punto, y órgano de reflexión que devuelve, transformados en movimiento, luz, ideas y voliciones, las sensaciones que por el correo, el telégrafo y la prensa, especie de encrucijada de la *cápsula interna*, se distribuye por todo el territorio”.

José María Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas* (1899). (36)

Como es sabido, los dos capítulos finales del libro de Ramos están enteramente dedicados a las multitudes de los tiempos modernos, instaladas en Buenos Aires con las oleadas inmigratorias y los desplazamientos internos que siguieron a las mismas. Grotescas agrupaciones humanas ante las que el autor apenas si puede contener parte del recelo que abriga por sus estafalarios componentes, estos nuevos grupos (que no son exactamente multitudes para él), otorgarán una fisonomía “fenicia” a la ciudad que habita el publicista, atentando sustancialmente, mal que le pese, contra la constitución fisiológica de la nación misma, cuya ciudad capital –cual centro cenestésico del país– se explica con la “tan exacta” comparación del cerebro que regula la conciencia y las funciones vitales. Su estesiología superior se hallará también bajo amenaza como consecuencia del borramiento paulatino de los viejos rasgos patricios, de pura cepa criolla (37), eminentemente representados por los hombres *cerebrales* de la clase a la que Ramos Mejía inclina su adscripción, capaces también de alimentar con sus ideas ese alto centro intelectual de formulaciones complejas, y de distribuir como *nervios* sus patrones –por medio de los apreciables órganos modernos de la prensa, el correo y el telégrafo– hacia las clases advenedizas de cerebración inferior, enormemente distantes del estado de que goza la capital neurológica porteña.

Todo lo preeminente físico y corporal resulta enfatizado para regular el temperamento de las nuevas masas. Esta peculiar anatomía se explica en parte por tratarse de grupos cuyos integrantes, en la escala biológica, descienden en forma directa de los patrones genéticos

característicos que animaron a los componentes de las multitudes de la Colonia, la emancipación y de las tiranías. Será parcialmente esa multitud de barbarie rural, “exuberante de sangre oxigenada, de músculos espesos de troglodita, de nervios vírgenes y excitables” (Ramos Mejía, 1899, 202), la que venga a integrarse a otras oleadas análogas para conformar, ante los ojos naturalmente aprensivos de Ramos Mejía, esa nueva sociedad híbrida, de patrones de gusto tan inconciliables, que podía llevar “la *galera* y vest[ir] la casaca de la sastrería ciudadana, al mismo tiempo que la bota de potro y el chiripá”. “Una sirena simbólica” –continúa diciendo Ramos Mejía– “mitad *gente*, mitad animal” (Ramos Mejía, 1899, p. 202, cursivas del original).

Para hablar de ellas, y como era esperable, reaparecen en la retórica del texto los tropos elaborados y transitados con antelación. El ordenado repertorio que forman los mismos, casi como una *inventio* clásica, confluyen, como ya hemos visto, a vertebrar su compleja *estesiología*. La carga explosiva, la apelación a los sistemas de regulación corporal, la generosa constitución anatómica, la preferencia de sonidos energéticos y huracanados, la primacía del sentimiento sobre la razón, se encuentran reunidos de un modo único en este notable pasaje:

“Es que casi siempre fueron la explosión de la vida en lo que tiene de más vigoroso y primitivo; parecía representar el estallido de la reacción muscular y del predominio del aparato circulatorio, con arterias como caños de bronce, en que circulaba la sangre con los ruidos y flúidos vitales que arrastra ese Paraná del torso colosal que acabamos de mencionar. Esos bárbaros debían tener patas colosales como los megaterios, y la mano como la garra del troglodita; traían en la voz el relincho del bagual, en el brazo, reminiscencias de la osamenta de un abolengo ciclópeo, y cuando reían o blasfemaban, resonaba el amplio tórax como batido por vibraciones de una laringe acostumbrada a las interjecciones violentas, porque poseían notas que semejaban ráfagas de huracán. No trajeron colaboración intelectual a la civilización argentina, sino puramente física; representaron la resurrección de la salud corporal, que da también fresco ambiente al espíritu, fibra a la voluntad y calor al sentimiento, cuando la civilización urbana sabe aprovecharla transformándola por sus medios conocidos. Su función parece más bien biológica que política”. (Ramos Mejía, 1899, p. 204).

Entre los “medios conocidos” con que el autor perseguirá la mejora de los exponentes de estas fuerzas, que desde el interior y el litoral del país convergen hacia el *gran pulmón* oxigenador de la capital, revista el sistema educativo como uno de los organismos mandado por los representantes del Estado para ejercer el necesario “cincelado” y “pulimento” de los cuerpos, máxime cuando a

los grupos mencionados hasta aquí venga a adicionarse en tropel la presencia temible del inmigrante.

Para este último caso, también una *filogenia* social, directamente proporcional a la tabla evolucionista que describe la transformación biológica de los peces en mamíferos, tendrá que ser aplicable –por la acción clasificatoria del sistema de educación– a una conversión ciudadana tan desafiante como aquella transformación natural. La tarea que le espera al nuevo sistema de impartición escolar tendrá que direccionar sus suministros hacia la gruesa sensibilidad del educando, buscando despertar de su letargo la actividad cerebral adormecida por la incuria. Toda la parafernalia de la medicina mental confluye en la caracterización del nuevo “alumno tipo” que, como escapado de una colección de piezas ilustrativas de las ciencias naturales o de una estampa museológica del doctor Florentino Ameghino, campea en este fragmento textual cargado de juicios intransigentes:

“Cualquier *craneota* inmediato es más inteligente que el inmigrante recién desembarcado en nuestra playa. Es algo amorfo, yo diría *celular*, en el sentido de su completo alejamiento de todo lo que es mediano progreso en la organización mental. Es un cerebro lento, como el del buey a cuyo lado ha vivido; miope en la agudeza psíquica, de torpe y obtuso oído en todo lo que se refiere a la espontánea y fácil adquisición de imágenes por la vía del gran sentido cerebral. ¡Qué obscuridad de percepción, qué torpeza para transmitir la más elemental sensación a través de esa piel que recuerda la del paquidermo en sus dificultades de conductor fisiológico!” (Ramos Mejía, 1899, p. 208, cursiva en fuente).

Como parte de sus labores médicas ordinarias frente a las epidemias regulares que asolaban a los habitantes de la urbe, Ramos Mejía comparte con el lector una insólita experiencia de psicología desarrollada entre los huéspedes del Asilo de Inmigrantes. Aplicando procedimientos de campo de matriz conductista (“el método sencillito de las más pequeñas diferencias perceptibles o de los *casos verdaderos o falsos*”), y después de examinar a una buena porción de asilados, ante el panorama desolador compuesto al parecer de exiguas reacciones, el facultativo concluye que el reciénvenido “no *siente* como nosotros” porque su estado psíquico es “larval y crepuscular”, y su mecanismo psicológico, “lento e intermitente” (Ramos Mejía, 1899, p. 208-209, cursivas en la fuente). Para su grueso sistema nervioso, producto de una morfología orgánica sobre la que no ha osado posarse todavía la mano civilizadora del medio y la cultura, Ramos Mejía enumera las antenas sensoriales externas que representativamente acompañan a una gran proporción de los pacientes examinados: “narices chatas, orejas grandes y labios gruesos” (Ramos Mejía, 1899, p. 214).

Partiendo de esta particular cenestesia, el arduo camino que queda por transitar hacia la consecución de la raza nueva, implica intervenir en la plasticidad probadamente dócil y absorbente del inmigrante, operando en lo hereditario un proceso de modificaciones apurado por la selección natural que ejerce el medio. Sobre todo para los representantes de la primera generación, portadores de una sensibilidad todavía muy exacerbada, la acción del entorno –un poco bucólico, y otro poco ya modernizado – arranca a sus exponentes de su natural estado vegetativo, y prepara el terreno para la posterior acción de la pátina artificial que suministra la cultura:

“Pero el *medio* opera maravillas en la plástica mansedumbre de su cerebro casi virgen. La luz de este cielo despierta la dormida actividad de las imágenes visuales; el ruido primero y el sonido después, el color variado, las formas multiplicadas de las cosas, y esa secreta inclinación y competencia elemental de la raza por ... las artes manuales y domésticas que dan de comer y facilitan la vida, concurren a ese fin. Despiértalo la locomotora pujante que resoplando arrastra la prolongada cola de sus anillos de vagones interminables ...; despiértalo el ruido de las calles, el bullicio de las industrias, los gritos alegres de los niños que *brotan* en los patios de los conventillos como el maíz en la tierra lujuriosa; finalmente ... aquella nuestra sin igual llanura, sin sombras, como sus melancólicos y remotos horizontes, cubierta de trigales y de verdes maizales como no se los imaginó ... ese *patán*, tan fecundo bajo el sol, dentro de este aire, sobre el inmenso río patrio, mansamente rugiente en su largo trayecto”. (Ramos Mejía, 1899, p 209, cursivas en fuente). (38)

Sólo a costa de un largo proceso de asimilación de las circunstancias ambientes, en la diversidad de entornos que ofrece para experimentar la gran nación, se favorece poco a poco el trabajo con la cerebración superior. El argentino del futuro, primer exponente nativo producto de la inmigración, superando el entorno rural de tierra húmeda que “le [ha] dicho muchas cosas al oído” al padre extranjero (Ramos Mejía, 1899, p. 213), ha ganado ya el espacio urbanizado por excelencia: la calle, pródiga en estímulos que empujan hacia nuevos refinamientos y correcciones, pulimenta sus aristas mal moldeadas, cincela los engrosamientos residuales e incentiva en los hijos la actividad intelectual profundamente anestesiada en sus progenitores:

“el argentino del futuro vive más en la calle que en ninguna otra ciudad del mundo donde generalmente la infancia está disciplinada. Niño, apenas destetado, no sale de la puerta y de la acera, cuya propiedad disputa al transeúnte, y cuando ya puede

manejarse solo, la plaza y la puerta de los espectáculos y de las colmadas escuelas del Estado en la errante deambulación de su alegre vagancia. Es el sistema nervioso que al día recibe y asimila mayor número de impresiones, el que más pronto y más intensamente experimenta la repercusión del menor incidente público. Por consecuencia, su cerebro es más fustigado, más estimulado, y como el cerebro del niño no recibe sino *lo que puede*, lo que aleja los peligros del... surmenaje escolar, es más precoz su desarrollo que el de los niños del hogar acomodado... Eso explica, probablemente, su superioridad en todos los ejercicios de la escuela y la facilidad con que el observador ve desenvolverse lentamente el sentimiento de la *patria*, que en la futura generación será más completo". (Ramos Mejía, 1899, p. 213-214, cursivas en fuente). **(39)**

Las narices se estilizan, las orejas ingresan a los patrones proporcionales previstos por la norma, los labios acusan a su turno su propio refinamiento estético. La actividad cerebral superior, que tanto preocupará a los primeros representantes de la naciente psicología argentina, ha escapado por fin a la influencia ancilar del <<polígono de Grasset>>.

## Histeria: hipnotismo y sugestión

"Parece que en estos estados de violenta excitación por que suele atravesar la multitud *dinámica* pasara algo análogo al sonambulismo de la histeria. Observa Sollier, que en las grandes histéricas que uno somete al aislamiento en un establecimiento de sanidad, se comprueba con frecuencia el olvido rápido de las dramáticas circunstancias de la entrada, ruidosa, agitada y emocionante casi siempre .... Bajo la influencia de este cambio de medio, de esta viva reacción, entran en una existencia psíquica nueva, que borra el recuerdo de la antigua, y cuanto más pronunciadas son las modificaciones del estado histérico, más marcada es la amnesia".

José María Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas*. **(40)**

En una época que, como ha estudiado Hugo Vezzetti (cfr. 1988 y 1996), digiere con alguna dificultad el grueso de las contribuciones científicas que los más eminentes frenólogos dan a conocer en sus intervenciones para los diversos ateneos europeos, o que se encuentra permeando lentamente las ideas freudianas que trasuntan sus primeros escritos, el Ingenieros al que un amplio margen temporal separa todavía de la preparación de *El hombre mediocre*, en su puesto de psicología clínica con sede en el Hospital San Roque, está sumamente interesado por seguir, y por apoyar con sus propias experiencias hospitalarias, los términos doctrinarios de ese

debate científico en plena ebullición. Los accidentes nerviosos lo inquietan tanto como a sus maestros foráneos; el resultado terapéutico de las maniobras por hipnotismo y sugestión –que Gustave Le Bon y José María Ramos Mejía habían sindicado en estrecha relación con el temperamento impresionable de las masas– lo conducen a encauzar sus desvelos desde el campo de la medicina mental hacia el territorio algo incierto de la psicopatología.

Son los álgidos momentos en que asistimos al nacimiento de la psicología en el país, a la demarcación de sus objetos y a la clasificación de cuadros y procedimientos terapéuticos. En el marco de las circunstancias de una acentuada secularización del campo cultural, camino a la constitución de un sujeto natural y social (Vezzetti, 1988, p. 12-13), se destaca como figura intelectual protagónica, según hemos tenido oportunidad de comprobar, la aparición del médico-ensayista, un reconocido analista de su entorno inmediato, detector de patologías sociales y responsable de la salud pública urbana (41). A la vez, irrumpe lo que Hugo Vezzetti (cfr. 1978 y 1979) ha denominado el "personaje psiquiátrico", de naturaleza simuladora y de temperamento generalmente nervioso y sensitivo, a quien, dados los antecedentes textuales que hemos recorrido, podemos conectar sin equívocos con los hábitos de los protagonistas colocados en los polos opuestos de la práctica escénica: el intérprete igualmente simulador y el auditorio de gusto grueso "sugestionado" por el uso de una *fisiognómica* exagerada.

Disciplina en trances de formación y tecnología aplicada sobre la realidad socio-cultural, la nueva práctica científica y sus ejecutantes, el médico (ensayista) y el paciente, darán lugar a un amplio margen de experiencias que dedicarán considerable atención a la dimensión fisiológica de los procesos psíquicos, atendiendo al nexo entre los órganos de los sentidos y las funciones cerebrales, que luego trasladarán como síntoma y elemento de análisis para dar cuenta premeditada del grueso del estrato social local. La patología clínica de la simulación en los alienados se instala como punto candente de debate. La neurobiología y la criminología elaboran todo un repertorio teratológico de tipos sociales peligrosos. A su turno, el derecho recoge también esas taxonomías de cosmovisión y resonancias positivistas, y a la vez es comprensible que hasta el campo literario comience a mostrarse refractario a los tópicos psiquiátricos y los evidencie en sus géneros, en sus temas y en sus personajes (42). Entre el repertorio desplegado por el discurso del alienismo, asistido de cerca por la práctica higiénica de la época, prevalece básicamente el conocimiento del cuadro histérico y también el del correspondiente a las manifestaciones de la neurosis. En el campo abierto por los desafíos científicos impuestos por estas patologías la presencia de Ingenieros distará mucho de mantenerse inactiva.

En un artículo pionero de 1904, "Los accidentes histéricos y las sugestiones terapéuticas", que, con algunas sensibles modificaciones, aparecerá más tarde como *Histeria y sugestión*, José Ingenieros pasa revista a la evolución de las concepciones científicas (y pseudo científicas) de la

época, ligadas a la terapia hipnótica y a la condición sugestionable (la llamada sugestibilidad) del individuo. El texto, que para empezar rinde tributo a la labor pionera de Charcot, reseña las posiciones litigiosas de dos de las escuelas más visibles de ese momento: Salpêtrière y Nancy. Rechazando todas las hipótesis espiritualistas y fluidistas, como las acciones dinámicas a distancia por telepsiquia, Ingenieros establece claramente que en los fenómenos de hipnosis y de sugestión no existe nada que caiga fuera del ámbito de la fisiología cerebral, que él y sus colegas dicen conocer con holgada suficiencia.

En el por momentos indeciso proceso de asimilación de las diversas doctrinas arribadas al incipiente campo disciplinar local se advierte un pronunciado eclecticismo en la recepción tributada al pensamiento científico de importación. Como el eminente profesor de Nancy, Ingenieros entiende con Bernheim que el sistema nervioso del sujeto juega en la sugestión (único fenómeno que admiten los especialistas de esta escuela) un decisivo papel. El magnetismo, el hipnotismo, el sueño sugerido, son entonces en su totalidad fenómenos fisiológicos que encuentran origen en la sugestibilidad, una propiedad normal del cerebro –variable en sus modalidades y en su intensidad según los individuos– que Bernheim define como la "aptitud para recibir una idea y transformarla en acto" (Ingenieros, 1904, p. 103), especialmente en casos en que una presión moral se ejerce desde una persona sobre otra. En estos casos no se trata de una operación física, sino de la "influencia que actúa por ideas, por intermedio de las inteligencias, de las emociones, de las voluntades" (Ingenieros, 1904, p. 104-105). La palabra es la expresión más frecuente de esa autoridad (aunque ya hemos visto con Ramos Mejía que el componente visual también resulta crucial en este aspecto): la orden emitida en alta voz suspende el estado crítico y la voluntad del paciente sugestionado, encendiendo a cambio el miedo, el amor, el respeto, la fascinación, la intimidación o la seducción. En todos, también, y por regla general, la automatización (íbidem). Como se ve, material especulativo con el que *Las multitudes argentinas* ya había anticipado su aplicación sobre las turbas y los episodios nacionales. (43)

Pocos párrafos después, el trabajo de Ingenieros comienza a reseñar las posiciones de Grasset. Atendiendo ahora a estas razones, completa la etiología de los cuadros clínicos objeto de sus observaciones, y en las experiencias con sus propios internos confirma los postulados de "ese gran neurologista". Siguiendo de cerca las aportaciones del volumen *L'Hypnotisme et la suggestion*, publicado en París en 1903, comenta su famoso boceto psicopatológico del psiquismo humano, conocido más tarde como <<esquema o polígono de Grasset>>. Según su hipotético diseño, el cerebro de un individuo se compone de dos núcleos interconectados, pero que no necesariamente operan al compás de un funcionamiento asociado. Así, una persona, bajo circunstancias bien determinadas, puede prescindir por completo del centro de la inteligencia consciente (función psíquica superior o centro O) y manejarse únicamente con los componentes cerebrales del psiquismo inferior, esencialmente integrado por los núcleos reflejos sensitivos y

motores. El haz de estos centros sensoriales (auditivo, visual, sensibilidad general) y de transmisión neurolocomotora (kinético, articulación de la palabra y la escritura) conforman específicamente el famoso polígono.

De acuerdo a estos dos niveles psíquicos, y en estado fisiológico normal, explica Ingenieros, todos estos centros actúan de manera simultánea; sus actividades se intrincan y se sobreponen, asociadas en íntima y compleja colaboración. Pero en ciertos estados patológicos, y/o en individuos propensos al tránsito por situaciones que suponen trastornos psíquicos de diversa índole, se produce una disociación que disgrega la actividad del polígono de la correspondiente al centro O. Cuando prima el ciego instinto o la pasión encendida, cuando la histeria o la neurosis se apoderan del individuo, cuando los hombres se automatizan o padecen sonambulismo, o cuando, entre otras contingencias, las masas –sugestionadas– responden a un polígono emancipado de su centro O, y se entregan y obedecen al centro O del *meneur* hipnotizador, entonces se han vuelto presas cautivas del polígono debido a Grasset (44). Según se ve, tampoco nada muy novedoso desde que Ramos Mejía acusara la sensibilidad multitudinaria como producto de una fisiología cerebral inferior...

La intensa incidencia de la labor científica foránea en el espacio de reflexión y experimentación vernáculo se proyectó dando forma al diversificado campo de la psicología argentina como la sombra reticular de una malla recorta por reflexión sus trazos lineales sobre una superficie más o menos llana. Sin embargo, y a pesar de toda su trascendencia y de lo indicativas que estas aportaciones se pretendieran, no parecieron resultar a los ojos de Ingenieros un componente dirigido a eclipsar la labor médica, especulativa y ensayística de Ramos Mejía. En la escritura del ensayo que abandonamos y en la tarea de composición de *El hombre mediocre*, pueden advertirse posiciones en las que el discípulo no vio impugnaciones mayores que hacer al texto canónico de Ramos sino, y antes bien, nuevos puntos de contacto y apoyo sobre los que tentar el proyecto de dar continuidad a la personal *estesiología* que en aquél se erigía, esto es, a una diagnosis que como sólido corset contenedor, sujetara las conductas que éste atribuiría más tarde al llamado *hombre mediocre*.

Es así como en relación con las ideas propuestas por Charcot, por Bernheim y Grasset aparece claramente acreditada la enorme deuda que Ingenieros mantiene todavía con el maestro Ramos Mejía, quien para sus *multitudes argentinas* se había servido con solvencia de las nociones de hipnotismo y sugestión, y hasta de las aportaciones frenológicas vinculadas a la disociación mental entre un psiquismo superior e inferior. Bajo el sesgo novedoso de una psicopatología de la historia, de la sociedad y de sus individuos actantes, la obra de José María Ramos Mejía presentaba ya los componentes mencionados en un estado avanzado de maduración intelectual. Es este pasado de pensamientos y de prácticas el que, compulsado con

las más recientes aportaciones europeas, Ingenieros rescata y prosigue años más tarde en ese intento acabado de psicología social colectiva que, a imagen y semejanza de *Las multitudes argentinas*, se afirma entonces con *El hombre mediocre*.

## Maniqués anodinos, sombras actorales de cráneos sin mezcla

"La caja cerebral del hombre rutinario es un alhajero vacío. No pueden razonar por sí mismos, como si el seso les faltara. Una antigua leyenda cuenta que cuando el creador pobló el mundo de hombres, comenzó por fabricar los cuerpos a guisa de maniqués. Antes de lanzarlos a la circulación levantó sus calotas craneanas y llenó las cavidades con pastas divinas, amalgamando las aptitudes y cualidades del espíritu, buenas y malas. Fuera imprevisión al calcular las cantidades, o desaliento al ver los primeros ejemplares de su obra maestra, quedaron muchos sin mezcla y fueron enviados al mundo sin nada dentro. Tal legendario origen explicaría la existencia de hombres cuya cabeza tiene una significación puramente ornamental".

José Ingenieros, *El hombre mediocre* (1913). (45)

Si con las empeñosas experiencias hospitalarias y la atenta recepción dispensada a las corrientes europeas José Ingenieros se dispuso a otorgar continuidad al campo de reflexión abierto y servicialmente puesto a su disposición por el autor de *Las multitudes argentinas*, con la escritura de *El hombre mediocre*, uno de sus últimos trabajos considerados importantes, revela el modo como –sentencioso, maniqueo y apodíctico– ha sabido en términos generales permanecer constante a la tarea inaugurada décadas atrás por el antecesor que lo había nombrado su discípulo dilecto. El volumen que alcanzará a sus lectores en 1913, exhibe, en una visión deceptiva levemente corrida del ya por entonces exiguo optimismo de Ramos, y para un mapa social también algo desplazado, una imagen del hombre de la masa que, no obstante estos recaudos, permanece todavía bastante fiel a las líneas estructurales que sostenían el andamiaje orgánico de *Las multitudes argentinas*.

Empleando una visión que con los años se ha vuelto más desencantada, fundamentalmente escéptica frente a las bajísimas posibilidades de cambio que se ofrecen con el hombre nuevo a la sociedad del Centenario, ya que ésta se halla en términos sustanciales conformada por una altísima proporción de individuos que se resisten -bajo un estático letargo vital- a toda posible innovación, aún en su rutina diaria, José Ingenieros traza un esquema desolador del hombre argentino de la gran ciudad, teatralmente simulador, prejuicioso, retrógrado, y parte de un rebaño humano nivelador que lo ha sumido en el interior de una vida menos que vegetativa, atada a las

contingencias de la sombra. Si en los tramos finales del estudio de Ramos aún permanecía encendida la luz de una esperanza en el porvenir de las masas, en el libro de Ingenieros, podríamos decir, se ha apagado irremediamente cualquier probabilidad abierta por esa expectativa.

Aún cuando el autor comparte y amplifica los términos de la estesiología dominante en Ramos Mejía, en las líneas sustantivas de su trabajo parece claro que la misma ha pasado a formar parte integrante de una psicología colectiva del hombre gregario, cargada de matices sociológicos o de impronta filosófica. Antes que una anatomía biológica, perspectiva descriptiva singularmente privilegiada por su antecesor en la tarea, en Ingenieros la óptica prevaleciente elige sumergirse en la hondura de los temperamentos, en la textura de los caracteres morales y en el *ethos* colectivo ordinario de este *hombre-sombra*, sin que ello desaloje las alusiones y las figuras de índole orgánica que, como en los vectores esenciales del otro tratado, no se reportan en éste ausentes en absoluto. (46)

En su libro, Ingenieros retoma las dos líneas analíticas privilegiadas por sus predecesores: las posiciones científicas provenientes de la psiquiatría y las posturas más cercanas a lo que se venía avizorando en los términos de un abordaje sociológico del entorno, tendiendo a realzar en la tarea la posición mencionada en segundo lugar. Aunque en muchos de sus argumentos resulte todavía inocultable la pauta de la selección natural como impronta de base servicial a su formulación, la salida hacia un enfoque ético capaz de centralizar los rasgos vitales del hombre medio, se adivina detrás de los términos que, como última conducción en la *cadena de reacción nerviosa*, han corrido desde Le Bon hasta llegar a él.

La fracción de su estudio que nos interesa rescatar, sin embargo, es aquella que permanece sujeta en cierto modo a la óptica fisiológica que observamos en su recepción de las ideas europeas, pero que también registra las últimas vibraciones, ya muy amortiguadas, que caracterizaron al repertorio estesiológico de las masas que tuvimos ocasión de examinar en sus maestros. En el eslabón extremo que recorre esta especie de *reacción en cadena* intelectual, la *frenología* de los comienzos –exacerbada, como vimos, en la óptica de Ramos–, parece derivar hacia una *gastroenterología*, y afirmarse en una figura médica, ya empleada por el autor de *Las multitudes...*, que dirige su interés descriptivo hacia los hábitos y los gustos culturales del hombre mediocre, un *maniquí* de cerebración vacante suplantada por su estómago. Si nos importa destacar esta nueva figuración será porque habilitará tiempo después las reflexiones –nunca despejadas del todo en su trabajo– que conduzcan a los analistas futuros a pensar la figura del hombre medio en los términos conocidos de un sujeto ampliamente receptivo, proclive a las manipulaciones ideológicas y mayormente cautivo de los novedosos productos tecnológicos servidos por la naciente industria cultural.

En su ensayo, el sujeto de sus cavilaciones reúne los principales atributos leboneanos y corporiza para el contexto argentino de Ingenieros *le règne des foules* que anunciaba el francés. Dispuesto fisiológicamente para hacer masa, este hombre de la medianía social, dada su naturaleza esencialmente *pecoaria* (Ramos Mejía, 1899, 227), busca enmascararse en el número sin que le importe distinguirse de la multitud. No abraza proyectos transformadores de su entorno inmediato ni empuja iniciativa personal alguna: jamás lo asiste un ideal propio que contribuya a redimirlo de su carácter sedentario e inactivo, como de su palmaria carencia de una identidad reconocible. Propenso a la simulación, generalmente dócil y maleable por la opinión ajena, todo él es profusa oscuridad, escribe repetidas veces Ingenieros: una sombra de otra sombra:

“*El hombre mediocre* es una sombra proyectada por la sociedad; es por esencia imitativo y está perfectamente adaptado para vivir en rebaño, reflejando las rutinas, prejuicios y dogmatismos reconocidamente útiles para la domesticidad. Así como el inferior hereda el “alma de la especie”, el mediocre adquiere el “alma de la sociedad”. Su característica es imitar a cuantos le rodean: pensar con cabeza ajena y ser incapaz de formarse ideales propios”. (Ingenieros, 1913, p. 49, cursiva en fuente).

Si, con arreglo a esas dos “almas”, cada hombre se modela a sí mismo atendiendo a los componentes cerebrales con que ha sido abastecido por los factores de la herencia, pero también a las influencias igualmente decisivas que ejerce el medio social en esa constitución fisiológica, según una constante adaptación de las tendencias hereditarias a la mentalidad colectiva (una asimilación del individuo a la sociedad), la particular *etología* del hombre mediocre indica que, en esa aclimatación a su medio, las funciones de la inteligencia superior (para su caso, inexistentes) se rinden a la influencia nociva del polígono cerebral subalterno **(47)**. Así, Ingenieros reelabora las tópicos de Grasset que hemos comentado, asociándolas, respectivamente, a las funciones de inventar e imitar. En toda mediocracia, el equilibrio entre lo que sus integrantes inventan y lo que imitan inclina el predominio de sus hábitos en sociedad por la última conducta señalada, nos dice. **(48)**

Sólo los hombres superiores piensan mejor que el medio en el que viven. La gran mayoría no evidencia el factor de la variación individual, plegándose por emulación *actoral* al resto de la turba impersonal formada en su propio medio. Imitar es *hacer masa* para Ingenieros, integrar como uno más el *elenco* de maniqués urbanos, vivir “como simple reflejo de los demás”, pero también pensar con la cabeza de los otros y no aspirar nunca a usar la propia **(49)**. Lo más

cercano posible a la representación de un personaje (de un tipo teatral) marcado por los anodinos lugares comunes del *libreto* social, el *vestuario* colectivo y el *proscenio* común a los demás:

[Los mediocres] "créense actores de la comedia humana; entran en la vida construyéndose un escenario, grande o pequeño, bajo o culminante, sombrío o luminoso; viven con perpetua preocupación del juicio ajeno sobre su sombra". (Ingenieros, 1913, p. 129).

"Son actores a quienes les está prohibido improvisar: de otro modo romperían el molde a que se ajustan las demás piezas del mosaico". (Idem, p. 168).

"cierran todas las rendijas de su espíritu por donde podría asomar desnuda su personalidad, sin el ropaje social de la mentira...; simulan las aptitudes y cualidades que consideran ventajosos para acrecentar la sombra que proyectan en su escenario". (Idem, p. 84).

"El mediocre es solemne. En la pompa grandilocua de las exterioridades busca un disfraz para su íntima oquedad; acompaña con fofa retórica los mínimos actos y pronuncia palabras insustanciales, como si la Humanidad entera quisiese oírlos. Las mediocracias exigen de sus actores cierta seriedad convencional, que da importancia en la fantasmagoría colectiva". (Idem, p. 69).

Un nuevo espécimen urbano habrá que adicionar entonces de inmediato al grupo impreciso de enfermos inquietantes conformado por histéricas, enajenados, primeros inmigrantes y aquéllos que no poseen casi raciocinio. Los hombres sombríos y grises de José Ingenieros: esas sombras-actores que no resultan convencidas por ideas (ni las persiguen) sino exaltadas por el sentimiento general exagerado, por los dogmas y las fórmulas impuestas por la mayoría, que gustan replicar en cada una de sus *actuaciones*. La sensibilidad de estos sujetos –cuyos signos no siempre visibles vuelven sobre el tema de una anomalía infracortical desconectada del centro de intelectualización con sede en la *capital* cerebral–, anota especialmente en su historial clínico, un nuevo rasgo patológico que invierte la localización jerárquica de ese punto neurálgico y la desvía subalternamente hacia la zona anatómica inferior del estómago. Los hombres mediocres, sombras que por *anastomosis* se han vuelto parte indivisible de todas las rutinas y las *doxas* imperantes en su medio **(50)**, vacíos de seso, se entregan a los apetitos conocidos, al bolo largamente masticado, a los alimentos digeridos de antemano por su entorno inmediato:

“Acostumbrados a copiar escrupulosamente los prejuicios del medio en que viven, aceptan sin contralor las ideas destiladas en el laboratorio social: como esos enfermos de estómago inservible que se alimentan con sustancias ya digeridas en los frascos de las farmacias”. (Ingenieros, 1913, p. 61).

Como los tipos urbanos que describe Ramos (el guarango, el canalla, el huaso, el compadre, el burgués), las sombras de Ingenieros, enormemente receptivas a los estímulos externos, se manchan y se contagian de los hábitos y de los prejuicios “que infestan la cabeza de los demás” (Ingenieros, 1913, p. 62). Son tan maleables como la cera o la arcilla: cualquier impresión digital de los otros los marca con un hondo surco indeleble (51). Porque están como descerebrados, “tragan sin digerir”, continúa describiéndolos el autor: “ignoran que el hombre no vive de lo que engulle, sino de lo que asimila” (idem, p. 63). De allí que de esos contactos y apetitos perniciosos resulten generalmente esmaltados por un baño de gusto grueso *et sans “esprit de finesse”* (idem, p. 68), capaz de ignorar –indiferentes– una madonna del Angélico, pero listos a contemplar “las oleografías de toreros españoles o generales americanos” (idem, p. 63).

“Sus cerebros son casas de hospedaje, pero sin dueño”. “Sus ojos no saben distinguir la luz de la sombra” (Ingenieros, 1913, p. 66). El desvío en la conformación estesiológica que propone Ingenieros, regula ahora todos sus comportamientos culturales como la resultante de su cerebración carente: se equivocan siempre porque no usan la cabeza y eligen ser esclavos de sus vientres. Sus impresiones siempre erradas los conducen, finalmente, a dejarse deslumbrar por el brillo de todo éxito fácil, por los oropeles de un falso universo de lujos suntuosos, por los méritos ilusorios y los atractivos efímeros de un mundo teatral de ficción. Como el guarango de Ramos Mejía, la *sombra mediocre* es un “invertido del arte”, necesitado del “color vivísimo”, la “música chillona” y “las combinaciones bizarras y sin gusto de las cosas” (Ramos Mejía, 1899, p. 218). Como aquél, “un atrofiado del sentido cromático de la visión y del sonido” (Ramos Mejía, 1899, p. 219), todo él asimismo hipersensible al gusto ampuloso de lo melodramático. Su fisiología cerebral y digestiva atempera una sensibilidad permeable a dejarse fascinar por los productos y por las estrellas de la industria cultural masiva del espectáculo. Aunque de un modo no del todo explícito, algunos pasajes del texto de Ingenieros parecen apuntar sus dardos directamente hacia ese sector, por entonces en meteórico ascenso de preferencias:

“Los arquetipos de la mediocridad pasan por la historia con la pompa superficial de fugitivas sombras chinescas.

... Viven de aspavientos, que sólo atañen a las formas. La austera sobriedad del gesto es atributo de los hombres; la suntuosidad de las apariencias es galardón de las sombras.... Núblanse de humos y empavésanse de fatuidades.... Acumulan

rumbosos artificios para alucinar las imaginaciones domésticas... pavonéanse en trenes lujosos, navegan en complicados bucentauros, sueñan con recepciones allende los océanos... poniendo en todo cierta fastuosidad de segunda mano, que recuerda las cortes y señorías de opereta. Su énfasis melodramático cuadraría a personajes de Hugo y haría cosquillas al egotismo volteriano de Stendhal". (Ingenieros, 1913, p. 186).

Maniqués anodinos de cráneos vacíos, productos de una divinidad distraída o desencantada, los hombres mediocres, epítomes del hombre-carbono analizado por Le Bon y Ramos Mejía, estarán dispuestos a recibir de los nuevos dioses de la industria del entretenimiento (la radio, el cine, las publicaciones gráficas) su porción de masa mediática a guisa de cerebro.

## Notas

- (1) "Cine argentino. Momentos de peligro y de esperanza", nota firmada por P., p. 40, sin ilustraciones.
- (2) El vocablo está estructurado sobre los términos griegos *aísthēsis*, sensibilidad y *logía*: parte de la anatomía que estudia los órganos de los sentidos y el mecanismo de las sensaciones. Cfr. Moliner, María (1998).
- (3) Véase en Rosa, Nicolás (dir.) (2004), su ensayo "El folletín: historial clínico".
- (4) Al respecto, y a los fines de obtener una clasificación exhaustiva de las masas provista por Le Bon, véase el libro tercero: "Classification et description des diverses catégories de foules".
- (5) "*Jusqu'ici ces grandes destructions de civilisations trop vieilles ont constitué le rôle le plus clair des foules. Ce n'est pas, en effet, d'aujourd'hui seulement que ce rôle apparaît dans le monde. L'histoire nous dit qu'au moment où les forces morales sur lesquelles reposait une civilisation ont perdu leur empire, la dissolution finale est effectuée par ces foules inconscientes et brutales assez justement qualifiées de barbares. Les civilisations n'ont été créées et guidées jusqu'ici que par une petite aristocratie intellectuelle, jamais par les foules. Les foules n'ont de puissance que pour détruire. Leur domination représente toujours une phase de barbarie. Une civilisation implique des règles fixes, une discipline, le passage de l'instinctif au rationnel, la prévoyance de l'avenir, un degré élevé de culture, conditions que les foules, abandonnées à elles-mêmes, se sont toujours montrées absolument incapables de réaliser. Par leur puissance uniquement destructive, elles agissent comme ces microbes qui activent la dissolution des corps débilités ou des cadavres. Quand l'édifice d'une civilisation est vermoulu, ce sont toujours les foules qui en amènent l'écroulement. C'est alors qu'apparaît leur principal rôle, et que, pour un instant, la philosophie du nombre semble la seule philosophie de l'histoire*" (Le Bon, 1895, p. 6, cursivas nuestras).
- (6) Terán, Oscar (2000), "José María Ramos Mejía: uno y la multitud", p. 100-101.
- (7) "Mais avant de nous occuper des diverses catégories de foules, nous devons examiner d'abord les caractères communs à toutes. Nous opérerons comme le naturaliste, qui commence par décrire les caractères généraux communs à tous les individus d'une famille avant de s'occuper des caractères particuliers qui permettent de différencier les genres et les espèces que renferme cette famille" (Le Bon, 1895, p. 18).
- (8) "Notre point de départ sera la simple multitude. Sa forme la plus inférieure se présente, lorsqu'elle est composée d'individus appartenant à des races différentes. Elle n'a d'autre lien commun que la volonté, lus ou moins respectée d'un chef. On peut donner comme type de telles multitudes, les barbares d'origines fort diverses, qui pendant plusieurs siècles envahirent l'empire Romain.

Au-dessus de ces multitudes de races diverses, se trouvent celles qui, sous l'influence de certains facteurs, ont acquis des caractères communs et ont fini par former une race. Elles présenteront à l'occasion les caractéristiques spéciales des foules, mais ces caractéristiques seront plus ou moins dominées par celles de la race.

Ces deux catégories de multitudes peuvent, sous l'influence des facteurs étudiés dans cet ouvrage, se transformer en foules organisées ou psychologiques" (Le Bon, 1895, p. 94-95). En esas masas orgánicas Le Bon establece dos grandes divisiones: foules hétérogènes (foules de rues, jurys, assemblées parlementaires, etc.) et foules homogènes (sectes politiques, religieuses; castes militaires, sacerdotales, ouvrières; classes: bougeoise, des paysans, etc.).

**(9)** Continuando con la metáfora biologicista, escribe Le Bon acerca de este fenómeno: "Lorsqu'une affirmation a été suffisamment répétée, et qu'il y a unanimité dans la répétition ... il se forme ce qu'on appelle un courant d'opinion et le puissant mécanisme de la contagion intervient. Dans les foules, les idées, les sentiments, les émotions, les croyances possèdent un pouvoir contagieux aussi intense que celui des microbes. Ce phénomène est très naturel puisqu'on l'observe chez les animaux eux-mêmes dès qu'il sont en foule. Le tic d'un cheval dans une écurie est bientôt imité par les autres chevaux de la même écurie. Une panique, un mouvement désordonné de quelques moutons s'étend bientôt à tout le troupeau. Chez l'homme en foule toutes les émotions sont très rapidement contagieuses, et c'est ce qui explique la soudaineté des paniques. Les désordres cérébraux, comme la folie, sont eux-mêmes contagieux. On sait combien est fréquente l'aliénation chez les médecins aliénistes". Y agrega, como si pretendiera dejar abierta la posibilidad de explicarnos los avances tecnológicos que hoy nos alcanzan: "La contagion n'exige pas la présence simultanée d'individus sur un seul point; elle peut se faire à distance sous l'influence de certains événements qui orientent tous les esprits dans le même sens et leur donnent les caractères spéciaux aux foules" (Le Bon, 1895, p. 77).

**(10)** Obsérvense los siguientes pasajes : "On remarquera que, parmi les caractères spéciaux des foules, il en est plusieurs, tels que l'impulsivité, l'irritabilité, l'incapacité de raisonner, l'absence de jugement et d'esprit critique, l'exagération des sentiments, et d'autres encore, que l'on observe également chez les êtres appartenant à des formes inférieures d'évolution, tels que la femme, le sauvage et l'enfant mais c'est là une analogie que je n'indique qu'en passant" (Le Bon, 1895, p. 25). "Toutes les foules sont toujours irritables et impulsives, sans doute, mais avec de grandes variations de degré. .... Les foules sont partout féminines" (Le Bon, 1895, p. 26). "Femmes et ... enfants, c'est-à-dire précisément ... les êtres les plus impressionnables" (Le Bon, 1895, p. 30). "La simplicité et l'exagération des sentiments des foules font que ces dernières ne connaissent ni le doute ni l'incertitude. Comme les femmes, elles vont tout de suite aux extrêmes" (Le Bon, 1895, p. 32).

**(11)** A propósito, cfr. en el libro segundo, el capítulo tercero: "Les meneurs des foules et leurs moyens de persuasion". En el primer párrafo, se dice, entre otras cosas, que los líderes de multitudes "se recrutent surtout parmi ces névrosés, ces excités, ces demi-aliénés qui côtoient les bords de la folie" (Le Bon, 1895, p. 19).

**(12)** Le Bon, Gustave (1895), p. 13. Sobre el particular, véase en el Libro primero, el capítulo III: "Idées, raisonnements et imagination des foules".

**(13)** "Ce n'est qu'en approfondissant un peu la psychologie des foules qu'on comprend à quel point les lois et les institutions ont peu d'action sur elles; combien elles sont incapables d'avoir des opinions quelconques en dehors de celles qui leur sont imposées; que ce n'est pas avec des règles basées sur l'équité théorique pure qu'on les conduit, mais en recherchant ce qui peut les impressionner et les séduire" (Le Bon, 1895, p. 14).

**(14)** Del mismo argumento se servirá después en más de una mención José María Ramos Mejía. Cfr. Ramos Mejía, José María (1899), p. 130-131.

**(15)** Algunos de estos aspectos son examinados por Le Bon en el capítulo que dedica a abordar los medios de sugestión del líder: l'affirmation, la répétition, la contagion, le prestige (libro segundo, capítulo III). También los retomaremos parcialmente en este trabajo al describir la figura del *meneur* pensada por José María Ramos Mejía para su estudio.

**(16)** José María Ramos Mejía retoma brevemente este tópico en el párrafo final del capítulo de su libro titulado "Las multitudes de la emancipación" (Ramos Mejía, 1899, p. 120).

**(17)** Al respecto, cfr. Kracauer, Siegfried (1995), especialmente el capítulo 5, "Caligari".

(18) "Cine argentino. Momentos de peligro y de esperanza", op. cit..

(19) Op. cit., p. 25.

(20) Véase el prólogo de Prieto en la edición de *Las multitudes argentinas* que preparó para la editorial Biblioteca en 1974 (p. 9-10).

(21) Ramos Mejía, José María (1899), p. 25. Como dato contrastante, interesa observar que, mientras para Le Bon, el ocaso de la centuria decimonónica ha iniciado en Europa la era de las masas, para Ramos Mejía y en nuestro país, ese mismo tramo temporal nos ha deparado su extinción. Véase para ello el último capítulo de su volumen, "Las multitudes de los tiempos modernos (Conclusión)".

(22) Estos referentes diseñan un extenso y complejo repertorio que incluye a autores ligados muy directamente a su práctica profesional (Darwin, Tarde, Binet, Ribot, Sighele, Tissieu, Meunier, Le Bon) y a colegas aplicados al análisis historiográfico de los acontecimientos nacionales (B. Mitre, V. F. López, F. Ramos Mejía, Pelliza, García, Zinny). Pero, y porque estarían indicando una importante apertura lectora en la gama de textos "específicos" que caían bajo su mirada, no deberían eludirse sus inquietudes relacionadas con el derecho, la incipiente ciencia antropológica, e incluso sus observaciones en relación con las artes plásticas y la música, también muy frecuentes en el texto.

(23) Adolfo Prieto, en op. cit., p. 12.

(24) Según María Moliner, este término, proveniente del campo de la biología, llega al español desde el francés *cénesthésie*, y éste del griego *koinós*, común y *aísthēsis*, sensación: complejo indiferenciado de sensaciones procedentes de los órganos internos, por el cual el individuo tiene conciencia de su cuerpo y de su estado corporal. Cfr. María Moliner (1998).

(25) En op. cit., p. 17.

(26) Este tópico se desarrolla en el texto algo más adelante. Se dice, por ejemplo, hablando de las multitudes montoneras que dieron origen a tiranías vigorosas, también "musculares y sanguíneas": "Así vivió y se desarrolló, en medio de la naturaleza salvaje y primitiva, el hombre de la multitud argentina de esta edad de conmociones profundas y de cambios trascendentales. Por eso, todos ellos amaban la libertad, como la aman los animales, sus convivientes y asociados. La naturaleza virgen, desarrollando sus músculos y su sistema circulatorio en proporciones que dejaban en reposo evolutivo el cerebro, les había sugerido la idea de su derecho y de la libertad, en una forma en que la fuerza física daba la medida de su amplitud correlativa y una noción de aquéllos, proporcional a la magnitud de su brutal empuje muscular" (Ramos Mejía, 1899, p. 190-191).

(27) Obsérvese el siguiente pasaje, en que se refiere el accionar de mujeres en la multitud emancipadora: "El cañoneo retumba en la concavidad de los montes, como si un número considerable de piezas de grueso calibre, y no ocho que eran las del ejército realista, hicieran incesante fuego sobre la pobre aldea conmovida; las llamas del incendio iluminan de repente el horizonte, produciendo en todos el pavor y la rabia; el enardecimiento ha llegado a su colmo, y las mujeres arremangadas unas con las polleras por encima de las rodillas, destrozadas las ropas otras, como si un arranque de maníaco entusiasmo las poseyera, parecían brujas entregadas a sus prácticas diabólicas, o sombras vengadoras que volvieran de la otra vida, llamadas por el lamento del hogar robado y del hijo muerto entre las llamas. La mujer de la plebe, asociada a la turba, le imprime un aspecto terrible, porque en tales circunstancias, pierde más pronto que el hombre todos los instintos dulces y amables, que son la *tónica* de su alma. Ellas arengan a la gente, la inflaman con sus imprecaciones inesperadas, en la plaza, en la calle, hasta en el púlpito de la iglesia, donde se han refugiado los que se han rendido al cansancio y al pavor" (Ramos Mejía, 1899, p. 133, cursiva en fuente).

(28) Para estas referencias, véase especialmente el pasaje que describe la idolatría de la multitud de la emancipación por la figura de Liniers (Ramos Mejía, 1899, p. 90-92).

(29) Véase el pasaje completo y todas las citas en Ramos Mejía (1899), p. 96.

(30) En términos análogos se describe a la multitud reunida ante el Cabildo. Cfr. Ramos Mejía (1899), p. 106-107.

(31) "Semejante a un inmenso caudal de agua..., salido espontáneamente de *madre*, y como empujado por misteriosa convulsión de sus entrañas", "la fisiología escabrosa" de la multitud se despliega en toda la *Hologramática literaria* - Facultad de Ciencias Sociales - UNLZ - Año II, N° 3, V2 (2006/2007), 183  
ISSN 1668-5024.

magnitud nerviosa y aterradora de una *"maquinaria en movimiento"* (Ramos Mejía, 1899, p. 86-87, cursivas en fuente). Véase con detenimiento el pasaje completo.

(32) Véase el pasaje en toda su extensión, en op. cit., p. 76-85.

(33) "Interviene algo análogo a aquella *inminencia de contractura* en virtud de la cual un leve traumatismo basta, según Charcot, para provocar la violenta contracción de un músculo que no creíamos en peligro" (Ramos Mejía, 1899, p. 101). Para la noción de *alma de la multitud*, véase p. 129-130.

(34) Se dice en el texto de este personaje: "Oculto entre bastidores o bajo la *concha* del consueta, derrama sus fluidos, y con frecuencia es el que tira de las cuerdas que manejan las actitudes de aquél [el caudillo]. Por lo menos la parte literaria le pertenece.... Su pirotécnica estaba llena de luces y fosforescencias llamativas; su música de bronces y tambores..." (íbidem).

(35) "la multitud admira por costumbre, obedece y se somete, porque la repetición de actos iguales la han creado el mecanismo reflejo de la obediencia y de la admiración. Una misma operación repetida a menudo, enseña la fisiología, crea un hábito, trazando un camino determinado en el sistema nervioso general, camino que se sigue después por todas las incitaciones del mismo género. Al contrario, si se deja pasar largo tiempo sin realizar esta operación, ciertas partes de la senda trazada se destruyen por el reposo, el hábito se pierde y el olvido se pronuncia" (Ramos Mejía, 1899, p. 166).

(36) Op. cit., p. 207, cursiva en fuente.

(37) El autor sólo estará dispuesto a reconocer de un modo intermitente esos rasgos en las zonas cercanas a la campaña y en los pueblos dormidos del interior: "Y la verdad es, que cuando de esta ciudad multicolor y cosmopolita en demasía, uno se traslada a la tranquila ciudad del interior, siente al alma que levanta sus alas suavemente acariciada por el recuerdo de la vieja cepa; percibe algo que semeja la fresca brisa de la infancia cantando en la memoria multitud de recuerdos amables. Sí: aquella casa vieja, aquella familia sencilla y distinguidísima, en medio de su patriarcal bonhomía, es la nuestra; el corazón la adivina, porque se rejuvenece en el perfumado contacto de la arboleda, y en la ráfaga perezosa en que el genio benevolente del viejo hogar envía su saludo al hijo pródigo que vuelve..." (Ramos Mejía, 1899, p. 206).

(38) El fragmento completo continúa en los siguientes términos: "Su mente soñolienta se siente animada por la vibración de la vida, obligada a dilatarse como el acero de buena ley; del rudo trozo de mineral surge, como por obra de sortilegio, la lámina bruñida y radiante del hombre regenerado para el trabajo en toda su más noble amplitud. .... Entonces esa mentalidad, que ha vegetado en la obscura invernación de la miseria, se precipita en el vértigo... de esta vida febril.... ¿Por qué el color le hiera más intensa y agradablemente la retina? ¿Por qué ese oído torpe y apenas receptor indiferente del vago rumor de la montaña, distingue ahora el sonido y comienza a procurarse la emoción de la música siquiera humilde que en la tibia tarde del estío puebla el aire de la naciente colonia? ¿Por qué... esa alma..., al contacto de este aire y de este cielo, siente que hacen en ella irrupción extrañas emociones y sentimientos que la echan en las iniciativas audaces y le infunden savia más fogosa? Es que el cerebro ha sido tomado por las manos de este *genio* de los *aires*, de las *aguas* y de los *lugares*..., obligándolo a aceptar las modificaciones que generaciones venideras aprovecharán en plenitud mayor" (Ramos Mejía, 1899, p. 209-210).

(39) Estos estímulos resultan completos apoyándose en las experiencias hogareñas, donde también se reciben constantes sugerencias: la acción de un padre impecable, la audición de la voz materna, "llena de la unción musical que procede del órgano que no se ha engrosado por el uso de la blasfemia o del grito montaraz", "el voluptuoso perfume de ideales" ajenos al utilitarismo. Véase el fragmento completo en op. cit., p. 215.

(40) Op. cit., p. 225, cursiva en el original.

(41) En su libro sobre la vida de los intelectuales porteños en el fin de siglo, Oscar Terán propone pensarlos bajo la figura del "intelectual científico como la de un sacerdote laico dotado de capacidades explicativas superiores" (Terán, 2000, p. 88).

(42) Sobre la expansión del discurso psiquiátrico hacia otros territorios disciplinares, véanse los trabajos de María Inés Laboranti: "Inmigración, literatura y memoria. Construcciones discursivas en Argentina fin de siglo (1890-1916); Beatriz Porcel: "Literatura, moral y enfermedad"; Paola Piacenza: "Los libros extraños" y Roxana Mauri Nicastro: "Estado peligroso: el positivismo jurídico argentino en la normativa peligrosista", compilados en Rosa, Nicolás (dir.), (2004).

(43) Escribía Ramos Mejía: "Las imágenes evocadas en su espíritu por un personaje, suscitadas por un hecho, o por accidente, tenían la vivacidad de las cosas reales. En tales condiciones las multitudes urbanas están –según un psicólogo moderno– en el caso de una persona dormida, cuya razón momentáneamente sorprendida crea en el espíritu imágenes de una intensidad extrema, pero que se disipan pronto, cuando pueden ser sometidas al preciso control de otras facultades reductoras; y cuando no sucede esto, subsisten. No conociendo, ni siendo capaces de reflexión, ni de razonamiento, no sienten la inverosímil" (Ramos Mejía, 1899, p. 177-178).

(44) Para una comprensión cabal del funcionamiento cerebral según los postulados de Grasset, véase con más detenimiento José Ingenieros (1904, especialmente p. 106-111).

(45) P. 67.

(46) Una de las más flagrantes es la de la *selección natural*, aplicada a catapultar a los hijos de noble cuna hacia la conducción del poder político. En este aspecto, Ingenieros insiste en el camino de sus predecesores (todos los escritores del 80), para desacreditar las salidas democráticas por el voto directo y justificar la aristocracia del mérito. Sobre este problema véanse, en *El hombre mediocre*, los tramos finales del capítulo VII, titulado "La mediocracia" (p. 192-198). También Terán (2000).

(47) En esta misma dirección temática, el texto registra algunos pasajes en los que puede observarse con claridad el esfuerzo de Ingenieros por integrar las perspectivas abiertas por sus antecesores, y a la vez ofrecer al lector un balance al día del estado del campo objeto de su examen: "Cuanto mejor cerebrado está el hombre, tanto más alta y significativa es su función de pensar. Ignórase todavía el mecanismo íntimo de los procesos intelectuales superiores. Los acompañan, sin duda, modificaciones de las células nerviosas: cambios de posición y permutas químicas muy complicadas. .... Son enigmas la naturaleza de la actividad nerviosa, las transformaciones de energía que determina en el momento que nace, durante el tiempo que se propaga y mientras se producen los fenómenos que acompañan la complejísima función de pensar.. .... Existe ya la certidumbre de que ésta, y ninguna otra, es la vía para explicar las aptitudes supremas de un genio en función de su medio. Nacemos diferentes; hay una variadísima escala desde el idiota hasta el genio. .... La herencia concurre a dar un sistema nervioso, agudo u obtuso, según los casos. La educación puede perfeccionar esas capacidades o aptitudes cuando existen; no puede crearlas cuando faltan; Salamanca no presta. Cada uno tiene la sensibilidad propia de su perfeccionamiento nervioso .... Cuando, pues, se define el genio como 'un grado exquisito de sensibilidad nerviosa', se enuncia la más importante de sus condiciones" (Ingenieros, 1913, p. 217-218).

(48) En rigor, este aspecto había sido ya tomado de Tarde por Ramos Mejía y, curiosamente, conectado también con el incipiente mundo del espectáculo. Obsérvese el siguiente pasaje: "Como la difusión en un medio gaseoso 'tiende a equilibrar la tensión de los gases, la imitación tiende a equilibrar el medio social en todas sus partes, a destruir la originalidad, a uniformar los caracteres de una época, de un país, de una ciudad, de un pequeño círculo de amigos. Cada hombre está individualmente dispuesto a la imitación, pero esta facultad llega a su máximum en ciertas épocas y en los hombres reunidos en asambleas; las salas de espectáculo y las reuniones públicas, en que el menor palmoteo, el más imperceptible silbido, basta para sublevar la sala en un sentido o en otro, son un ejemplo elocuente" (Ramos Mejía, 1899, p. 130-131).

(49) Para una ampliación de este problema, véase en *El hombre mediocre* especialmente p. 47-49.

(50) Para este problema, en relación con la operación zoológica de la anastomosis, véase Ingenieros, 1913, p. 120-123. Los hombres mediocres se integran de tal forma a su entorno que, a riesgo de permanecer individualizables, cambian de estado, de textura, de forma. Al respecto, obsérvese el siguiente pasaje: "Mientras los hombres resisten las tentaciones, las sombras resbalan por la pendiente; si alguna partícula de originalidad les estorba, la eliminan para confundirse mejor en los demás. Parecen sólidas y se ablandan, ásperas y se suavizan, ariscas y se amansan, calurosas y se entibian, resplandecientes y se opacan, ardientes y se apaciguan, viriles y se afeminan, erguidas y se achatan" (Ingenieros, 1913, p. 120).

(51) Véase este tópico en p. 117.

## Bibliografía

Martín Batalla / *"Estesiología de las masas. Lectura de una reacción en cadena. Le Bon-Ramos Mejía-Ingenieros"*  
BENJAMIN, Walter (1936), "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica", en B. B. (1982), *Discursos interrumpidos I*. Madrid, Taurus.

INGENIEROS, José (1904), "Los accidentes histéricos y las sugerencias terapéuticas", en VEZZETTI, Hugo (1988), *El nacimiento de la psicología en la argentina. Pensamiento psicológico y positivismo*. Buenos Aires: Puntosur Editores.

\_\_\_\_\_ (1913), *El hombre mediocre*. Buenos Aires: Losada, 2003.

KRACAUER, Siegfried (1947), "La propaganda y los filmes de guerra nazis", incluido como suplemento en Kracauer, Siegfried (1995), *De Caligari a Hitler. Una historia psicológica del cine alemán*. Barcelona: Paidós.

LE BON, Gustave (1895), *Psychologie des foules*. Paris: Édition Félix Alcan, 1905 (9e. édition).

MOLINER, María (1998), *Diccionario de usos del español*. Madrid: Gredos, 2 tomos.

RAMOS MEJÍA, José María (1899), *Las multitudes argentinas*. Rosario: Editorial Biblioteca, Colección Conocimiento de la Argentina, 1974. Dirección y prólogo a cargo de Adolfo Prieto.

Revista *Cinegraf*, Año V, Nº 50. Buenos Aires: junio de 1936.

ROSA, Nicolás (dir.) (2004), *Moral y enfermedad. Un sociograma de época (1890-1916)*. Rosario: Laborde Editor.

TERÁN, Oscar (2000), *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

VEZZETTI, Hugo (1978), "La locura en la Argentina 1860-1890. Psiquiatría, hospicios y enfermos de Buenos Aires", *Punto de vista* nº 3. Buenos Aires: julio de 1978, págs. 3-10.

\_\_\_\_\_ (1979), "Penalidad y moralización. Para una historia de la locura y la psicología en la Argentina", *Punto de vista* nº 7. Buenos Aires: noviembre de 1979, págs. 13-18.

\_\_\_\_\_ (1988), *El nacimiento de la psicología en la argentina. Pensamiento psicológico y positivismo*. Buenos Aires: Puntosur Editores.

\_\_\_\_\_ (1996), *Aventuras de Freud en el país de los argentinos. De José Ingenieros a Enrique Pichon-Rivière*. Buenos Aires: Paidós.